









Digitized by the Internet Archive
in 2016

-241-

DIÁLOGO

SOBRE LA

HISTORIA DE LA PINTURA EN MÉXICO

POR

DON BERNARDO COUTO



MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO

Calle de San Andrés núm. 15.

—
1889

EX LIBRIS



DIÁLOGO

SOBRE LA

HISTORIA DE LA PINTURA EN MÉXICO

POR

DON BERNARDO COUTO

4051—COUTO, BERNARDO. — Diálogo sobre la Historia de la Pintura en México. Imprenta de I. Escalante y Cía.—México, 1872.-123. (I) pp. Holandesa. \$ 60.00.

— 8027—COUTO, BERNARDO. — Diálogo sobre la Historia de la Pintura en México.— México, 1872. 4^o Piel. \$ 100.00.
123 pp.

MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO

Calle de San Andrés núm. 15.

1889



UNA mañana de los últimos meses del año de 1860, entrábamos en la Academia de San Carlos mi primo D. José Joaquin Pesado y yo. El Director de pintura, D. Pelegrin Clavé, que nos encontró acaso, aprovechó la ocasión de devolverme un papel que le había yo prestado, con apuntes de fechas y citas relativas á los antiguos pintores mexicanos. Informado mi primo de lo que era, picó aquello su curiosidad, y nos propuso que con el papel en la mano visitáramos la sala donde se van poniendo los cuadros que de esos pintores adquiere la Academia. Muy de grado aceptamos la propuesta el Director y yo; y subido que hubimos á la sala, despues de dar una ojeada por mayor á los cuadros, comenzó entre los tres esta conversacion.

Pesado.

Sea en hora buena. Veo que está adelantado el pensamiento de juntar aquí una coleccion de obras de los maestros nacionales de más nombre, para que su memoria florezca, y nuestros jóvenes alumnos tengan más

modelos que estudiar. Mala vergüenza era para la Academia que no se encontrase en ella recuerdo alguno de la antigua escuela mexicana, en la que por cierto no faltaron hombres de mérito. Ahora lo que importa es que esta coleccion, que empieza á reparar esa falta, no sólo se conserve, sino que se enriquezca cada dia con nuevas adquisiciones.

Couto.

Sólo enriqueciéndola y completándola, llenará el propósito que se tuvo al poner mano á su formacion, que fué presentar, por medio de una serie de cuadros, la historia del arte en México. En esta sala esa historia no se lee, sino que ella misma va pasando delante de los ojos.

Pesado.

El pensamiento lo tuve por acertado desde la primera vez que de él me hablaste; pero en cuanto á la ejecucion, creo que les faltan á vdes. algunos capítulos del principio de la historia; de manera, que la galería se parece hasta ahora á aquellos códices antiguos de que se han perdido las primeras hojas. Si no he visto mal, el cuadro más viejo que hay aquí, es de Baltasar de Echave, es decir, del primer tercio del siglo XVII. Así es que se echa ménos todo lo anterior.

Clavé.

¿No me diria el Sr. D. Joaquin á qué llama lo anterior? ¿Alude acaso á las pinturas de los mexicanos?

Pesado.

No querría tanto. Sé que esas pinturas, de grande interés para la arqueología y la historia, no lo son igualmente para el arte, que es lo que en esta casa se profesa. En ellas no hay que buscar dibujo correcto, ni ciencia del claroscuro y la perspectiva, ni sabor de belleza y de gracia. Parece que á sus autores llamó poco la atención la figura humana que á nuestros ojos es el prototipo de lo bello; así es, que no la estudiaron, ni conocieron bien sus proporciones y actitudes, ni acertaron á expresar por los medios que ella misma ofrece, las cualidades morales y los afectos del ánimo. Además, se nota en sus autores cierta propension á observar y copiar de preferencia los objetos ménos gentiles que presenta la naturaleza, como animales de ingrata vista. Todo indica que en las razas indígenas no estaba despierto el sentido de la belleza, que es de donde procede el arte.

Couto.

El sentido de la belleza ha sido dado á pocos pueblos en la tierra. Los griegos entre los antiguos, y los italianos entre los modernos, lo han tenido en grado superior. Sin embargo, en la Grecia misma fué necesario el trascurso de siglos, y la concurrencia de mil circunstancias felices, para que se desarrollara y afinara. En cuanto á los defectos de dibujo de las obras mexicanas, algunos son propios de la infancia del arte en todas partes; v. g.: el poner de frente los ojos á las figuras que están trazadas de medio perfil: dicen que lo mismo se observa en

los bajo-relieves asirios desenterrados últimamente de las ruinas de Nínive, en los egipcios, y aun en los de los primitivos griegos: de suerte que es esa una piedra en la que todos han tropezado al principio. Pero además de las causas generales, creo que puede señalarse otra especial, si bien comun á los mexicanos con algunos otros pueblos, la cual ha de haber influido para que no adelantaran en las artes del dibujo. Discurriendo un filósofo de nuestro siglo sobre los dos sistemas de escritura que se han usado, el jeroglífico ó simbólico que expresa inmediatamente la idea, y el fonético que copia la palabra, sostiene que cuando en la primera edad de un pueblo se introduce por malaventura el sistema simbólico, ese pueblo queda para siempre condenado á un grande atraso mental, pues la dificultad que el tal sistema tiene para aprenderse, y lo encogido y embarazoso que es luego para usarse, serán siempre causa de que ni los conocimientos adelanten mucho, ni lleguen á derramarse en la generalidad del pueblo. Cita como ejemplo á los chinos.¹ Pero lo notable y lo que hace á nuestro propósito, es que la adopcion del sistema de jeroglíficos, que ordinariamente son figuras humanas, ó de brutos, ó de objetos naturales, no sólo engrilla el entendimiento, sino que ahoga en su cuna el arte del dibujo. El que traza una figura para expresar con ella una idea, no se fija en la figura misma, sino en la idea que tiene que expresar; así es que la mano va de prisa y dibuja al ojo y sin atencion: dibuja como amanuense y no como artista. Así todo el mundo se acostumbra á ver y á trazar malas figuras, y el arte, ó no llega á nacer, ó bastea luego.

Pesado.

No me descontenta esa doctrina. Donde se pinta para escribir, y donde es artista todo escritor, temo que no ha de haber verdaderos pintores. Y tal debió suceder á los mexicanos, puesto que no tenian otro sistema de escribir, que el de jeroglíficos y pinturas.

Couto.

Champollion el menor explica por este mismo principio la imperfeccion de las obras egipcias. El arte no tuvo allí por objeto propio la reproduccion durable de las formas hermosas de la naturaleza, sino la notacion de las ideas; de suerte que la escultura y pintura no fueron nunca sino ramos de la escritura. La imitacion del natural no debió, pues, llevarse sino hasta cierto punto: una estatua no era en realidad sino un signo, y como una letra escrita. Así es, que luego que el artista lograba sacar con verdad la parte esencial y determinativa del signo, que es la cabeza, sea reproduciendo la fisonomía del personaje cuya idea se trataba de recordar, sea imitando de un modo resuelto la del animal que era símbolo de alguna divinidad, habia llenado su objeto, y descuidaba los brazos, el torso, las piernas, que no se consideraban sino como partes accesorias. El concluir las y acabarlas con precision, ni daria más estima al signo, ni le añadiría claridad.²

Pesado.

Ahora hago memoria de que en Clavijero he leído algo semejante á eso con aplicacion á los mexicanos. Si

mal no recuerdo, en el libro en que explica sus artes, dice que la historia y la pintura son dos cosas que no pueden separarse en las antigüedades mexicanas, porque no habia otros historiadores que los pintores, ni más escritos que las pinturas para conservar la memoria de los sucesos. Los dogmas y ritos religiosos, los reyes y hombres distinguidos, las peregrinaciones de las tribus, las guerras y vicisitudes que tuvieron, sus leyes, sus noticias astronómicas y cronológicas, las poblaciones, los distritos y costas, los tributos, los títulos de dominio, todo estaba representado en pinturas de formas desproporcionadas é irregulares; lo cual provenia, en su juicio, de la prisa que se daban en pintar, y de que atendiendo sólo á la fiel representacion de las cosas, es decir, de la idea ó pensamiento, descuidaban la perfeccion de la imágen, contentándose á veces con dar únicamente el contorno.³

Clavé.

Ya supondrán vdes. que la regularidad y belleza de la figura es lo primero para un artista, y que á sus ojos serán siempre repugnantes las pinturas deformes, aunque puedan hallarse ingeniosas explicaciones del origen de la deformidad. Esas explicaciones dirán por qué existe, pero no la hacen desaparecer. Mas lo que ahora querria yo saber es si quedan noticias de la traza que los mexicanos se daban para pintar.

Couto.

Lo hacian sobre tejidos de filamentos de maguey ó de iztle,^a sobre pieles adobadas, y sobre papel fuerte.

a Es la palma llamada en mexicano *icxottl*.

Este último lo fabricaban tambien de iztle y de maguey, de algodón y de algunas otras materias. Para los colores se servían de tierras minerales, palos de tinte y yerbas. Por ejemplo: el negro lo sacaban del humo de ocote,^b el azul del añil, el purpúreo de la grana, etc. Trazaban la composición sobre una tira larga de lienzo ó papel, que luego plegaban en partes, ó arrollaban sobre sí misma, como hacían los antiguos con sus volúmenes.⁴ Una cosa se observa, casi sin excepcion, en sus dibujos, y hace honor á sus sentimientos; y es que siempre presentaban cubierto en las figuras de uno y otro sexo lo que el pudor quiere que se oculte.

Pesado.

Mas sea lo que fuere de las obras de los indios, ellas nada tienen que hacer con la pintura que hoy usamos, la cual es toda europea, y vino despues de la conquista. Si los mexicanos pintaban (y en efecto pintaron mucho), ese es un hecho suelto que precedió al origen del arte entre nosotros; pero que no se enlaza con su historia posterior. Cuando decia yo que á la que vdes. van formando en esta sala, le falta el principio, aludia á que no veo cuadros del siglo XVI, que fué cuando entraron á la tierra los hombres y las artes de Europa. ¿Se ha logrado averiguar quién fué el primer maestro que pasó á Nueva España?

Couto.

Nuestro difunto amigo el conde de la Cortina escribió que fué un *Rodrigo de Cifuentes*, nacido en Córdoba año 1493; que en 1513 ayudaba en Sevilla á su maestro

^b Especie de pino, muy conocida en el país.

Bartolomé de Mesa á pintar la sala capitular; que diez años despues, el dia 2 de Octubre, cuando se ajustaban apénas dos años de ganado México, llegó á Veracruz en compañía de algunas familias españolas, y se puso bajo los auspicios de Hernan Cortés, á quien siguió en su expedicion de Hibueras; que pintó cuadros para la iglesia que los franciscanos fundaron en Tehuantepec, para otros muchos templos, y para la casa del conquistador: que retrató á éste en 1538, á D^a Marina en Coatzacoalco, al padre Fr. Martin Valencia, al primer virey D. Antonio de Mendoza y á Alvar Núñez de Guzman. Estos dos últimos retratos dice que eran de cuerpo entero, y que los poseyó Boturini, segun una de las partidas del inventario que se formó de los objetos que le quitaron. Añade que acaso la mejor pintura de Cifuentes es una que representa el bautismo de Magiscatzin, donde están retratados éste y D^a Marina; y que ese cuadro se salvó del incendio en que perecieron muchos otros en la casa de los marqueses del Valle el año 1652, por haberlo ántes regalado Cortés á los padres de San Francisco de Tlaxcala, en cuyo convento asegura que está. Dice, por último, que el artista era disipado, y que perdía en el juego cuanto ganaba con sus pinceles. ⁵

Pesado.

¿De dónde tomaria nuestro amigo tan curiosas noticias?

Couto.

Dos ocasiones se lo pregunté: la primera me señaló como fuentes el archivo de la Casa de Contratacion de Sevilla, si bien á mí me pareció cosa extraña que en

los documentos de aquella oficina se encontrasen todos los particulares que acabo de referir. La segunda, me dijo que los habia sacado de unos apuntes del erudito padre Pichardo, que un amigo suyo le habia regalado. Aun me agregó que la marca ó cifra con que firmaba sus cuadros Rodrigo de Cifuentes, era ésta: una *R*, cuyo trazo delantero inferior, muy prolongado, llevaba inscritas una *o* y una *c*, y arriba una *s*.

Clavé.

Paréceme que vd. tiene algun empacho en admitir de plano las noticias del Conde.

Couto.

Meses pasados platicaba sobre ellas con el Sr. D. Fernando Ramírez, á quien tambien dieron en rostro por su novedad, y me ofreció que las aquilataria. En efecto, en un buen artículo biográfico que luego ha escrito del padre Fr. Diego Valadés, nota que ni en los autores impresos que tenemos de aquella época, y son hartos en número, ni en la multitud de manuscritos de todas clases que en el espacio de largos años han pasado por sus manos, encontró jamas referencia ni alusion al artista sacado á luz por el Sr. Cortina: que el hecho de haber acompañado á Cortés en su jornada de las Hibueras, sufre la grave objecion de que no aparece su nombre en la menuda lista que nos da Bernal Diaz⁶ del cortejo que llevaba el conquistador, y en la cual se hace mencion hasta de farsantes, juglares y otras gentes de ménos valía que un pintor de cámara: que es poco verosímil que

hubiera retratado en Coatzacoalco á D^a Marina, porque sólo se detuvieron allí seis dias, y para entónces habia ella roto sus relaciones con Cortés, habiéndose casado durante el viaje, en un pueblezuelo cerca de Orizaba, con Juan de Xaramillo, uno de los capitanes de la expedicion: ⁷ que no pueden haberse pintado cuadros para iglesia fundada por franciscanos en Tehuantepec, por la sencilla razon de que aquellos padres no hicieron fundacion en ese lugar entónces ni despues; y que en el inventario de los objetos secuestrados á Boturini, el cual está en su proceso, no hay la partida referente á los retratos de D. Antonio de Mendoza y Alvar Núñez de Guzman, siendo además este último persona desconocida en la historia de América. ⁸ Concluye con que á su juicio la biografia de Cifuentes es una ficcion. A mí solamente me detiene para creerlo así, el que siendo el Sr. Cortina hombre de honor, no puedo concebir que vendiese al público como verdad un cuento inventado de cabeza.

Clavé.

Yo he leído en el viaje del italiano Beltrami, que estuvo acá por los años de 24 y 25, que el primer pintor europeo que ilustró á México despues de la conquista, fué un tal *Arteaga*, y que tras él vino *Cristóval de Villalando*; y dice que del primero vió una Visitacion de la Virgen en Santa Teresa la Antigua, y del segundo soberbias pinturas en San Francisco y San Agustin. ⁹

Couto.

No son esas las únicas ni quizá las mayores equivocaciones del viajero piamontés. El pintor *Arteaga* que

conocemos en México, es Sebastian de Arteaga, de quien hay en esta sala ese excelente cuadro del Desposorio de la Virgen, estimado por vdes. como una de nuestras mejores joyas. Pero le recuerdo, que en una imágen de Cristo crucificado, que juntos examinamos vd. y yo en la sacristía de la Colegiata de Guadalupe, hace ya algun tiempo, leimos que habia sido hecha por Sebastian de Arteaga el año de 1643.¹⁰ No pudo, pues, ser el primer pintor europeo venido á Nueva España. Respecto del segundo, supongo que Beltrami quiso referirse á *Cristóval Villalpando*, de quien hay porcion de pinturas en la ciudad. Pero por los cuadros de la Pasion, que están en los corredores altos de San Francisco, y (entre nosotros sea dicho) nada tienen de soberbio, consta que pintaba en 1710. No es, pues, el segundo en el órden cronológico de nuestros pintores. A Beltrami debemos estar agradecidos por la estima que hizo de nuestra escuela de pintura, y porque léjos de dejarse llevar, con respecto á ella, del espíritu de murmuracion que sobre todas materias es tan comun en los viajeros que nos visitan, más bien haya pecado de largo y fácil en elogios. Pero no puede ponerse gran confianza en sus noticias, porque generalmente son inexactas.

Clavé.

Estoy notando que vd. se conforma con contradecir los orígenes del arte que se le indican, y se guarda de mostrarnos cómo cree que tuvo principio en México.

Couto.

Yo pienso que quienes trajeron acá el arte de la pintura, y empezaron á enseñarlo á los indios, fueron los

misioneros. El documento más antiguo que conozco en el particular, es la carta del primer obispo de Tlaxcala, D. Fr. Julian Garcés, al Papa Paulo III, que debió escribirse cuando más tarde en 1537. En ella habla de las escuelas que en los conventos se habian establecido para los indios, y solian contener hasta trescientos, cuatrocientos y aun quinientos discípulos, segun la holgura de cada poblacion: y entre los ramos de enseñanza que menciona, cuenta expresamente la pintura y escultura.¹¹ De aquellas escuelas, la más célebre fué la que puso en México Fr. Pedro de Gante en la capilla de San José, que él mismo edificó.

Clavé.

¿Se sabe dónde estuvo esa capilla?

Couto.

Advierta vd. que aunque se le dió tal nombre, era un edificio vasto, sin puertas, de muchas naves, que luego se redujeron á cinco. Estaba en el convento de San Francisco, á la banda de Oriente del atrio actual, hácia la parte que ocupa ahora la capilla de Servitas, antiguo sitio de la casa de recreo de Moctezuma, de que hablan los cōquistadores.¹² Fué en México la primera parroquia de españoles é indios; allí se les enseñaba la doctrina, y se celebraba la misa; fué tambien el primer seminario y escuela de todo linaje de artes y oficios en Nueva España. El padre Gante que la estableció y gobernó por largos años, puso allí en sendos departamentos talleres de sastres, zapateros, carpinteros y herreros.

Puso tambien escuela de pintura; y el padre Torquemada recordaba que él habia alcanzado á ver en la fragua de los herreros, y en otra sala grande algunas cajas donde estaban los vasos de los colores de los pintores; si bien al tiempo que escribia no quedaba ya rastro de aquello.¹³

Pesado.

¡En qué materia no tendrémolos los mexicanos que ir á buscar la primera cuna de nuestra civilizacion en el convento de San Francisco! El historiador Gibbon decia que Francia era una monarquía creada por los obispos: en menor escala México fué realmente una sociedad formada por ellos y por los misioneros.

Clavé.

¡Pero vd. cree que el mismo padre Gante enseñaba á los indios á pintar?

Couto.

Así parecen indicarlo los términos en que se explican los escritores antiguos.¹⁴ Y no es cosa en que pueda ponerse reparo, porque aquel insigne religioso era persona de gran disposicion para todo género de artes, hasta llegar á decir alguno de sus contemporáneos que ninguna ignoraba.¹⁵ Observe vd. por otra parte que la enseñanza que en aquella época empezó á darse á los indios, naturalmente no tendria la extension y plenitud que tiene la que ahora se da en una Academia como ésta.

Parece ser que estuvo limitada á la simple copia de los cuadros y esculturas que por entónces se traian de España, Italia y Flandes. El estudio del modelo natural, y sobre todo la composicion original, que es el ápice del arte, no es verosímil que entrasen en los primeros ensayos que aquí se hicieron, y que seguirian la ley á que se sujetan los principios de todas las cosas humanas. Sin embargo, aprovechando la facilidad de imitar, que á falta de talento de invencion, es comun en las razas indígenas; haciéndoles notar las incorrecciones de dibujo en que ántes caian, y ministrándoles los instrumentos y los procederes del arte europeo, se logró á poco que muchos de ellos adquirieran soltura y acierto en la copia, y empezaron á cubrir con sus obras la necesidad que habia de cuadros y estatuas, ya por la multitud de templos que en todas partes se levantaban, ya por el método de catequizacion que con los indios se usó.

Pesado.

Bien veo á qué aludes en lo último que acabas de decir. Una parte de la enseñanza, especialmente en lo que mira á la historia sagrada, se les dió presentándoles los hechos en pintura, que un predicador explicaba desde el púlpito, señalando los personajes con una vara, como se ve en la estampa que sirve de portada á la obra de Torquemada. Tambien se les hacian representar dramáticamente los sucesos, ya por medio de hombres vivos, ya con santos de talla, de lo cual quedan vestigios en las funciones de la Semana Mayor, que se hacen en los pueblos. Casi todos los misterios cristianos se les enseñaron de esta manera, pues no se encontró otra más

pronta para doctrinar á gentes rudas, que no sabian leer, y á quienes era preciso meter las cosas por los ojos. Pero ese método de catequizar exigia la produccion de mayor número de obras artísticas, y debió contribuir á que la pintura y escultura tomaran desde temprano mucho vuelo.

Clavé.

Reducido al principio el arte á la simple copia, aunque se produjeran bastantes obras, no podia hacer adelantos de importancia en sus partes esenciales; el dibujo y la composicion. Fuera de que yo me figuro que al principio no vendrian á las Américas cuadros y modelos de primera clase.

Couto.

Alguna muestra de lo que venia, se ha conservado hasta nuestro tiempo, y por ahí puede juzgarse. El Santo Cristo de bulto que está en el retablo principal de la capilla que llaman de reliquias en Catedral, contigua á la sacristía, fué un presente de Cárlos V á la Iglesia metropolitana.¹⁶

Clavé.

Decia yo que no vendrian en los primeros tiempos obras muy importantes, porque en España misma empezaba entónces á introducirse el arte que ha prevalecido en los tres últimos siglos. Alonso Berruguete, discípulo de Miguel Angel, volviendo de Italia, nos traia los pri-

meros destellos de la escuela llamada del Renacimiento, cabalmente á la sazón que Hernan Cortés guerreaba en México por conquistar este imperio. Creció luego aquella luz en manos de su discípulo Gaspar Becerra, pintor, escultor y arquitecto, que fué como Berruguete á estudiar en Italia. Tras él porción de españoles volaron á la culta península, y de regreso á la patria esparcieron entre nosotros la doctrina que allí habian cogido. Así lo hicieron el mudo Navarrete, Vicente Joannes, el célebre Pablo de Céspedes, Francisco Ribalta, Pedro de Villegas, mi paisano el catalan Mingot, y otros. Además, algunos artistas extranjeros de alto mérito, como el Ticiano, vinieron á trabajar en España, atraídos de la régia munificencia de Cárlos V y Felipe II. De esa manera se formó dentro del siglo XVI la esclarecida escuela española que en el siguiente tuvo hombres como Velázquez, Murillo y Rivera, y de la cual procede y es una rama esta de México.¹⁷

Couto.

Lo que es el arte de copiar, ó sea reproducir fielmente en la obra que se hace, la obra que se toma por dechado, parece cierto que habia adelantado bastante en manos de los alumnos mexicanos de aquella época. Torquemada asegura que si bien en tiempo de la gentilidad no sabian hacer hombres hermosos, despues que fueron cristianos y vieron los cuadros que se traian de Europa, no habia retablo ni imágen por prima que fuese, que no la retrataran y contrahicieran.¹⁸ Lo mismo habia escrito el padre Motolinía.¹⁹ Y nuestro buen Bernal Diaz del Castillo no sólo dice que los lapidarios y pintores que

aquí se iban formando, eran muy extremados oficiales, sino que segun se le significaba, á su juicio, ni aquel tan nombrado pintor como fué el muy antiguo Apéles, ni los de su tiempo, que se decian Berruguete y Micael Angelo, ni otro moderno, natural de Burgos, que se decia que era otro Apéles y tenia gran fama, harian con sus muy sutiles pinceles las obras que ejecutaban tres indios mexicanos, grandes maestros del oficio, llamados Andrés de Aquino, Juan de la Cruz y el Crespillo.²⁰ Estos son los primeros nombres propios que conocemos de artistas nacionales. Muy posible es que si en Europa se hubiesen visto sus obras, los pintores y aficionados no hubieran juzgado como el amable y valiente historiógrafo de la conquista, el cual probablemente era persona más entendida en pasos de armas que en negocio de bellas artes. Sin embargo, por mucho que se cercene de su juicio, así como del de los misioneros, pienso que queda siempre lo bastante para que creamos que algunos de nuestros paisanos eran, á lo ménos, regulares copistas.

Clavé.

Pero todavía eso no es el arte; es apénas el principio de su aprendizaje.

Couto.

Mas ántes de acabar el siglo XVI se habia ya aquí salido de la estrechez de la copia, y empezádose á practicar la pintura en su propia extension. Ustedes me preguntaban ántes si queda noticia del primer maestro es-

pañol venido á México. La única que he encontrado en testimonios antiguos, es la que nos da el pintor D. José de Ibarra, que parece haber conservado las tradiciones históricas de su arte. Escribiendo á D. Miguel Cabrera, su amigo, le dice que con anterioridad á Echave, Arteaga, los Juárez, Becerra, etc., es decir, ántes de los artistas del siglo XVII, pasó á este Reino Alonso Vázquez, insigne pintor europeo, quien introdujo buena doctrina, que siguieron Juan de Rúa y otros.²¹ Por D. Carlos de Sigüenza y Góngora sabemos que las pinturas del altar mayor de la capilla de la Universidad, dedicada á Santa Catarina Mártir, eran de mano del “excelentísimo pintor Alonso Vázquez;” que fueron su última obra; y que con ellas hizo un presente á la Universidad el Virey Marqués de Montesclaros, quien gobernó desde 1603 hasta 1607.²² Si el Virey mismo las habia mandado hacer, entónces Vázquez coexistió en sus últimos años con Baltasar de Echave todavía jóven. Aquellas obras han desaparecido; y yo hasta ahora no he logrado ver ningun otro cuadro que lleve el nombre de nuestro primer pintor, ni el de su discípulo Rúa. Tampoco he visto nada de Andrés de Concha, celebradísimo de sus contemporáneos, entre otros de Bernardo de Valbuena en la Grandeza mexicana. Consta que hizo las pinturas del túmulo erigido por la Inquisicion para las exequias de Felipe II en 1599, y el retablo que poco ántes se habia puesto en San Agustín,²³ y que si estuvo en la antigua iglesia, probablemente pereceria en el incendio de la noche del 11 de Diciembre de 1676. Mas para juzgar en globo como Ibarra, Valbuena y los demas, quiero decir, para creer que hubo ya en el siglo XVI pintores bien aleccionados en México, me bas-

ta un hecho; el punto en que al romper el siglo siguiente encuentro la pintura en manos de Baltasar de Echave. Y como al mismo tiempo que él, florecían aquí otros pintores de mérito, tenemos ya en esa época, es decir, de 1600 para adelante, una escuela formada, la cual forzosamente ha de haber tenido sus precedentes naturales. Para llegar adonde aquellos hombres estaban, ha debido ántes trabajarse mucho.

Pesado.

No puede causar extrañeza que la pintura hubiese andado largo camino en el tiempo corrido desde la conquista hasta 1600, porque en todas las artes y en todas las cosas sucedió lo mismo. Paréceme que nosotros ni estudiamos ni apreciamos cual debiéramos aquel período clásico de nuestra historia, que fué en el que se formó la nación á que pertenecemos. Es necesario recordar que lo que se llamó imperio mexicano, corría poca tierra desde la capital hácia el Norte y Poniente; es decir, hácia las fértiles, ricas y dilatadas regiones que componen la mejor porcion de nuestro territorio. Túxpam en el litoral del Golfo, Tulancingo y Tula en la tierra de acá, formaban la barrera que lo ceñía por la banda del Norte; hácia Poniente, partía términos en Tajimaroa con el pequeño reino de Michoacan; y sobre la costa del Pacífico no avanzaba más allá de Colima.²⁴ Dentro de estos lindes estaba encerrado lo que podia llamarse civilizacion indiana: en todo el resto del país vagaban tribus bárbaras, *sin gusto de humanidad*, al decir del cronista Herrera, parecidas á los salvajes que talan ahora nuestra frontera; gentes sin artes, sin gobierno, sin som-

bra de cultura, tal vez hasta sin domicilios fijos. La bizarra entrada que con un puñado de hombres hizo Cortés en 1521, que es lo que nosotros acostumbramos llamar la conquista, y forma sin disputa uno de los hechos más señalados de la historia del mundo, produjo el efecto de dar en tierra con el poderío de los emperadores de México, y de los régulos sus aliados y tributarios, sometiendo los distritos que regian ó tiranizaban, al mando militar de la raza conquistadora. Pero esa entrada no podía ella misma hacer la civilizacion de la tierra. A la toma de la ciudad de México siguió inmediatamente un período de nueve años de iniquidad, desconcierto y anarquía, en que no se obró sino el mal. Mas contando desde la venida de la segunda Audiencia en 1530, y particularmente desde el establecimiento del vireinato, las cosas fueron por otro camino; trabajóse con tino, con justicia y con rara diligencia; y en los setenta años que pasaron hasta cerrarse el siglo, se hizo tanto, que de verdad causa admiracion, en especial cuando se considera que el gobierno y el pueblo de la metrópoli tenian que obrar al mismo tiempo en casi toda la extension del continente americano, y que era aquella la época en que en Europa pesaba sobre España la suma de todas las cosas en política, en religion y en guerras. Nuestras fronteras se avanzaron hasta los Departamentos de Coahuila, Nuevo Leon, Nuevo México, Durango y Sinaloa. Los salvajes que aún habia dentro y fuera de ellas, si bien causaban harto mal á las propiedades particulares, no podian ya inspirar temor á la autoridad establecida, la cual de verdad era señora de la tierra, y la tenia organizada segun el plan que se propuso. El suelo se habia repartido en dominios privados; habíanse trai-

do de Europa, de África y de las islas, las semillas, las plantas, los animales que faltaban; con estos auxilios la nueva agricultura solicitaba y explotaba la feracidad de nuestra tierra. Se habian enseñado al pueblo las artes de la vida civil, y estableciéndose con regularidad el comercio de Europa por Veracruz, y el de la China por los puertos del Pacífico. Nuestras grandes poblaciones, Oaxaca, Mérida, Campeche, Veracruz, Puebla, Querétaro, Valladolid, Guadalajara, Culiacan, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, el Saltillo, deben su primer origen á ese período, durante el cual se las sacó de planta, y llegaron ya algunas á bastante altura. La minería, bajo cuya sombra se creó todo entre nosotros, no sólo estaba plantificada, sino que habia adquirido gran desarrollo en una zona tan extensa como la que corre desde Culiacan hasta Tasco y Pachuca, que fué donde Bartolomé de Medina inventó en 1557 el beneficio de metales por azogue en grandes patios; invento de inmensas consecuencias en el arte minera y que hoy mismo no es todavía reemplazado por otro mejor. La capital se habia renovado en su mayor parte, y era ya la primera ciudad del Nuevo Mundo; emporio del tráfico que por ambos mares se hacia, centro de los negocios, foco de ilustracion y de ciencia para todo el país. Existia en ella la Universidad, primera escuela de enseñanza general en el Reino, dirigida por Maestros tan hábiles como Cervantes Salazar en las humanidades, y el padre Veracruz en ciencias sagradas. Habia además otros tres colegios para la juventud estudiosa. La imprenta, de la que México fué cuna en las Américas, trabajaba desde 1536; y para fin del siglo habia habido siete ú ocho impresores, de los cuales nos quedan cerca de cien edicio-

nes conocidas.²⁵ La animacion en las letras no debia ser corta, cuando en uno de los certámenes poéticos que por entónces hubo, se presentaron hasta trescientos autores, aspirando al premio.²⁶ Yo bien sé que no habria en México trescientos poetas que mereciesen tal nombre; pero siempre será cierto que habia ese número de personas que cultivaban la poesía, y se ocupaban en ella. México, bajo todos aspectos, era para aquellos tiempos una ciudad animada, lujosa, galana, que daba golpe á quien llegaba á verla, y que merecia que un contemporáneo, uno de los que descollaban en esas justas poéticas, la dirigiera en 1603 este saludo:

«Oh ciudad bella, pueblo cortesano,
Primor del mundo, traza peregrina,
Grandeza ilustre, lustre soberano,

Fénix de galas, de riquezas mina,
Museo de ciencias, y de ingenios fuente,
Jardín de Vénus, dulce golosina,

Del placer madre, piélagos de gente,
De joyas cofre, erario de tesoro,
Flor de ciudades, gloria del Poniente,

De amor el centro, de las musas coro,
De honor el reino, de virtud la esfera,
De honrados patria, de avarientos oro,

Cielo de ricos, rica primavera,
Pueblo de nobles, consistorio justo,
Grave Senado, discrecion entera,

Templo de la beldad, alma del gusto,
Indias del mundo, cielo de la tierra!
Todo esto es sombra tuya, ¡oh pueblo augustol
Y si hay más que esto, aun más en tí se encierra.»²⁷

Couto.

Galan por extremo se portaba Bernardo de Valbuena, cuando en su gentil aunque desarreglada poesía requibraba á México de esa manera. Pero volviendo á nuestro asunto de la pintura, al amanecer del siglo XVII la encontramos con el vigor y lozanía que se nota en los cuadros que hay aquí de Baltasar de Echave el viejo, ó sea el primero.....

Pesado.

¿Por qué le das esos nombres?

Couto.

Porque así le llamaron nuestros antiguos escritores,²⁸ sin duda para distinguirlo de otro pintor del mismo nombre, que existió despues, y de quien más adelante te enseñaré alguna cosa. Estos dos cuadros del viejo, que representan la Visitacion de Santa Isabel, y una aparicion del Salvador y la Vírgen á San Francisco, pertenecian al retablo del altar mayor de la iglesia de Santiago Tlaltelolco. Torquemada cuenta que el altar se concluia y estrenaba á la sazón que él escribia en 1609, y que la obra de pincel habia sido hecha *por un español vizcayno llamado Baltasar de Echave, único en su arte.*²⁹ De manera que se le consideraba entónces el primer pintor de México. En el retablo, monumento histórico de bastante interes para formar idea de la escultura, la talla y la arquitectura monumental del siglo XVII en-

tre nosotros, pintó en tabla catorce cuadros, de los cuales cedieron los padres á la Academia estos dos, que se han reemplazado con copias fieles, colocadas en los sitios mismos que los originales ocupaban.

Pesado.

Buenas pinturas ahora que las veo atentamente. Esta Vírgen de la Visitacion, en el acto de ser recibida por su prima Isabel, es una figura noble, hermosa y radiante con la luz del cielo, que parece que se la oye improvisar el glorioso *Magnificat*. Y Santa Isabel no es una vieja puesta en el cuadro solamente para dar realce á la figura principal, como suelen hacerlo los pintores en tales casos. Si bien por la edad forma cierto contraste con la Vírgen, es, sin embargo, una matrona que no queda desairada al lado de la visita.

Clavé.

Yo, sin embargo, quiero dar la preferencia á esotra Vírgen del cuadro de la aparicion de San Francisco. Buena es la persona del Salvador que está á su izquierda; pero la Vírgen es tan modesta, tan acabada, que aun tiene para mí cierto sabor de escuela rafaelesca.

Pesado.

¿Y estos dos cuadros de la Adoracion de Reyes, y la Oracion del Huerto?

Couto.

Son del mismo Echave: ahí tienes su firma en el primero. Nos los cedieron los padres del Oratorio de San Felipe Neri, en cuyos claustros estaban. Probablemen-

te pertenecieron á otro retablo como el de Tlaltelolco, compuesto segun la moda de aquel tiempo; y no es remoto que fueran de la antigua iglesia de los jesuitas en su casa profesa, y se hubieran quitado de allí cuando Tolsa hizo el nuevo altar mayor que hay ahora.

Pesado.

Pues á fe que la Vírgen de la adoracion de Reyes no cede á las otras. Y el niño que tiene en el regazo, y el Rey que le besa el pié son excelentes figuras. ¡Qué suavidad, qué empaste de carnes! ¡Qué buenos paños, tan ricos y tan bien plegados! Y luego ese colorido tan brillante y tan bien entendido.

Clavé.

Pero aquí, Sr. D. Joaquin, sí que es decidida la superioridad del otro cuadro que está á la derecha, el de la Oracion del Huerto. Confieso á vd. que no he encontrado en México figura más resignada, más celestial que la del Salvador orando; creo que el mismo Overbeck con gusto la prohiaría por suya. Es cosa notable encontrar cuadros como ese pintados aquí, ántes de la época en que Velázquez y Murillo florecian en España. Aquel del martirio de San Ponciano, comprado por nuestro D. Bernardo á un particular, muestra la habilidad de Echave en el desnudo. El torso del cuerpo del mártir, aunque en actitud violenta, y éste del sayon que figura en primer término con una tea en la mano, están modelados con pericia; pero noten vdes. aquella cara que asoma abajo, cerca del ángulo derecho del cuadro;

es un soldado que conversa con el que está vuelto de espaldas. Señores, la mano que pintó esa cara, de tanta verdad y tanto carácter, era una mano maestra.

Pesado.

No tenía yo de Baltasar de Echave, á quien apenas conocia de oídas, el concepto que estos cuadros me hacen formar. Lo reputo ahora uno de nuestros más aventajados artistas, y creo que en cualquier país donde hubiera existido, se habria hecho un distinguido lugar. ¿Quedan muchas pinturas suyas en México?

Couto.

No escasean, si bien debe cuidarse de no confundirlas con las del segundo pintor del mismo nombre que ántes mencioné. Del viejo he visto encima de la puerta grande del convento de San Francisco, un San Cristóbal colosal, pintado en 1601, y que por desgracia retocó en 1776 un José Mariano Albo, desconocido para mí: en los claustros de la Profesa, una gloria de San Ignacio, un martirio de las Vírgenes de Colonia, y el de San Apronio; aquel de 1610, y estos otros dos de 1612, cuadros de gran tamaño y ejecución: en el del martirio de San Apronio son notables las figuras de dos cautivos cristianos y de algunos soldados que hay abajo: un San Francisco de Paula del tamaño natural, de 1625, en una de las piezas de la sacristía de la Colegiata de Guadalupe: en el claustro de Santo Domingo, el martirio de Santa Catarina pintado en 1640. En los corredores de abajo del primer patio de San Francisco, hay la vida del Santo, que un cronista de la Provincia menciona como *del*

*pincel famoso de Baltasar de Echave;*³³ y efectivamente alguno de los cuadros está firmado con su nombre. A primera vista yo los atribuía más bien al segundo Echave; pero como el texto del cronista, que debió ser contemporáneo de éste, parece referirse al viejo, habrá que decir, ó que la obra se trabajó originalmente con ménos cuidado que otras, ó que ha sufrido más por el desabrigado del lugar donde está, ó finalmente, que algun retocador puso en ella su mano indocta. En poder de particulares hay tambien pinturas de Echave, de que he visto algunas. Por último, si (como lo creo) son suyas una Santa Cecilia que hay en San Agustin, y una Sacra Familia en la Profesa, aunque no tienen su nombre, serán de las mejores obras de nuestra antigua escuela, por la graciosa invencion y la pureza de estilo que en ambas resplandecen. Santa Cecilia, con un rico vestido, está arrodillada mirando á los cielos; un ángel baja á ceñirle una corona de rosas blancas; otro gallardísimo ángel, al lado opuesto, le da música sentado delante de un órgano: arriba hay un rompimiento de gloria, en la cual se descubre una devota Vírgen con el niño en los brazos, puesto en pié y de frente. En la Sacra Familia está arriba el Eterno Padre. Abajo, en primer término, la Vírgen y San José, cuya figura es muy gentil, llevan por las manos al niño, vestido no con los pobres paños del hijo de un artesano, sino con magnífico ropaje, como un príncipe real. Su semblante, de una lindeza y expresion singulares, recuerda el cantar de Fr. Luis de Leon:

«Traspasas en beldad á los nacidos.»

Está mirando á lo alto, y fija sus ojos en la paloma blanca, símbolo del Espíritu Santo, que baja por los ai-

res, trayendo en las garras una corona de espinas. ¡Qué emblema! Otros pintores nuestros habrán, si se quiere, igualado á Echave en la ejecucion; en la invencion, en los pensamientos, creo que ninguno.

Pesado.

¿Y de su persona has recogido noticias?

Couto.

Todos dicen que era vizcaino, y algunos señalan por lugar de su nacimiento á Zumaya, en la Provincia de Guipúzcoa.³¹ Trabajó en México, al ménos desde los primeros años del siglo XVII hasta 1640. No era simple artista, sino filólogo y escritor. En 1607 imprimió en casa de Enrico Martínez (el insigne y desgraciado ingeniero del desagüe de Huehuetoca) un tratado sobre la antigüedad de la lengua de Cantabria, no escaso de saber y de doctrina, segun dice el Sr. Eguiara.³² Echave no era en su familia el único artista; tambien su mujer pintaba, y sospecho que una hija, y quizá un hijo suyo.

Pesado.

Ahora recuerdo que Valbuena alude sin duda á eso, cuando al hablar de los artistas de la ciudad, dice que aquí se goza

Del celebrado Franco la viveza,
 Del diestro Chávez el pincel divino,
 De hija y madre el primor, gala y destreza
 Con que en ciencia y dibujo peregrino
 Vencen la bella Marcia y el airoso
 Pincel de la gran hija de Cratino;
 Y otras bellezas mil que al milagroso
 Ingenio de ambos este suelo debe,
 Como á su fama un inmortal coloso.³³

Couto.

Si dejamos á Pesado decir versos, nos relatará de coro toda la *Grandeza Mexicana*, y por añadidura algunos libros del *Bernardo*. Volviendo á la mujer de Echave, se le atribuye el cuadro de San Sebastian que sirve de remate al altar del Perdon en Catedral; cuadro que por la altura á que está, y por el cristal que tiene delante, no puede estudiarse; si bien la figura del mártir, que en sustancia es una academia, parece trazada con despejo. Pero lo que hay verdaderamente notable, es una antigua tradicion que corre en México, de que ella fué quien enseñó la pintura á su marido.³⁴

Pesado.

Si tal hubiera sido, mereceria esa artista dos coronas; una por haber ella manejado los pinceles, y otra por haberlos puesto en manos de Echave.

Clavé.

Juzgando yo por simples reminiscencias, y despues de no pocos años de ausencia de mi país, la filiacion que creo reconocer en las obras de este hábil pintor, es la del valenciano Vicente Joannes; bien sea que de su escuela hubiese recibido inmediatamente la doctrina ántes de venir á México, ó que aquí la hubiera tomado por medio de su mujer ó de otro. Desde la primera vez que vi con atencion sus cuadros, y los de algunos de sus contemporáneos, me asaltó la idea.

Couto.

Tengo presente que me la comunicó vd. hace tiempo. Y debiéramos darnos el parabien en México, si nuestra escuela se derivara de la del insigne Joannes, de quien decia Jovellanos, que *sus obras no parecen pintadas con la mano sino con el espíritu. ¡Pero qué espíritu, tan sabio, tan devoto, tan profundo!*³⁵

Pesado.

¿De quién son estos cuadros que han puesto vdes. en seguida de los de Echave?

Couto.

De Luis Juárez, el primero de los cuatro pintores mexicanos que llevaron ese apellido. D. Carlos de Sigüenza y Góngora refiere que hácia el año 1621 se hizo el retablo grande que hubo en la iglesia de Jesus María, y costó nueve mil pesos; precio, añade, que no parecerá excesivo á quien haya regalado la vista con *la inimitable suavidad de sus pinturas en que se excedió á sí mismo el mexicano Luis Juárez, pintor excelente y uno de los mayores de aqueste siglo.*³⁶ Desde algunos años ántes ejercia ya el arte, pues ese cuadro que está ahí, de la aparicion del niño Jesus á San Antonio, tiene fecha de 1610. Es un presente que hizo á la Academia la comunidad de San Diego. De los otros tres que tenemos aquí, el primero y segundo representan la anunciacion y aparicion de la Virgen á San Ildefonso, el otro la leyenda del des-

posorio de Santa Bárbara con el niño Jesus; este último se adquirió de los religiosos de Santo Domingo, en cuyo noviciado estaba. En el mismo convento hay porcion de obras de Juárez, artista de estilo y manera tan marcados, que un solo cuadro suyo bien autentificado, sirve de ejecutoria á todos. Y en ese caso está no sólo el San Antonio que nos vino de San Diego, sino más particularmente el lienzo de la Ascencion del Señor que hay en el Colegio de San Ildefonso, en la sala que llaman General chico. Quien lo haya visto no pondrá duda en que estos otros son de la misma mano.

Clavé.

Aun en ellos se nota bastante la identidad de estilo. Las cabezas de los ángeles, las de las Vírgenes, el plegar de los paños, todo parece sacado de un solo molde: tambien el tono del colorido es idéntico. Por lo demas, Luis Juárez es pintor digno de memoria: se conoce que pertenecia á la escuela de Echave, aunque no llegara á la altura de éste. Observen vdes., por ejemplo, en el desposorio de Santa Bárbara la actitud humilde y expresiva de la Santa, en la primer flor de su edad, al momento en que el niño la pone en el dedo el misterioso anillo; y luego esa anciana que está al lado y la sostiene y parece animarla. Es de las buenas figuras que he visto pintadas acá. Lo mismo digo de una Oracion del Huerto que hay en el convento del Cármen y me parece suya, aunque no tenga el *Juarez fecit*. Mi difunto amigo D. Manuel Vilar y yo tomamos empeño en que ese cuadro viniera á la Academia, ántes de que se formase aquí ningun proyecto sobre pinturas mexicanas, y cuando no

podíamos considerarlo sino bajo el respecto de su mérito artístico. El semblante del Salvador en aquella tremenda hora, es de una expresión singular.

Pesado.

¿Decías que hubo varios artistas Juárez?

Couto.

Ahí tienes luego al segundo que se llamó José, y es autor de ese cuadro grande apaisado que presenta una visión celestial de San Francisco. La Virgen llega á visitarlo, trayendo á su divino Hijo, acompañada de un numeroso cortejo de ángeles que le dan música. El santo la recibe arrodillado, y parece prepararse á tomar en sus brazos al niño.

Pesado.

Lástima que ese lienzo haya sufrido ó del tiempo ó de mano de los limpiadores. Sin embargo, ofrece rasgos que descubren un autor inteligente.

Clavé.

Por solo él no puede estimarse á José Juárez en lo que vale. En los claustros de la Profesa hay dos cuadros suyos, uno de San Alejo y otro de los dos niños mártires, San Justo y San Pastor, que estarían bien en cualquier museo de pinturas en que se pusieran. Tal es la nobleza de las figuras, su excelente traza, el color muy

bien entendido, y un total en que descansa regaladamente la vista. Tengo tambien por de José Juárez, aunque no están firmados, los tres grandes lienzos que hay en San Francisco, en la escalera que sube de la sala de Profundis, y representan milagros del Santo fundador y del Beato Salvador de Orta. El estilo me parece todo de este pintor. Aquellos cuadros son de bastante mérito.³⁷

Pesado.

¿Sabes la época precisa en que pintaba?

Couto.

En la portería de San Diego hay un cuadro apaisado del niño Jesus y San Juan, firmado de su mano y con fecha 1642. Los de San Alejo y San Justo y Pastor, de que habló el Sr. Clavé, son de 1653. En el convento de San Francisco he visto otro de la vision que tuvo el Santo, cuando un ángel le presentó un vaso de agua cristalina, símbolo de la pureza sacerdotal, y es de 1698. De manera que trabajó en la ciudad al ménos por espacio de 56 años.

Pesado.

Creo que has dicho ántes que hacía el mismo tiempo florecia Sebastian de Arteaga, á quien Beltrami supuso el más antiguo pintor de México; y que de él es ese desposorio de la Virgen que tenemos á la vista.

Couto.

Dije, en efecto, que por el Santo Cristo que está en la sacristía de la Colegiata de Guadalupe, consta que trabajaba en 1643; y ahora añadido que era notario de la Inquisición. Esta circunstancia puede explicar la escasez de pinturas suyas: los quehaceres del empleo no le dejarían tiempo para ejercitar el arte, pues cabalmente existió en la época en que el tribunal desplegaba más que nunca su temible actividad.³⁸ Además, no necesitaría, como otros, subsistir de la pintura. Yo no he logrado ver más obras suyas, bien auténticas, que esa que está ahí, la de la sacristía de Guadalupe, y un insigne Santo Tomás, metiendo la mano en la llaga del costado de Cristo, que hay en el presbiterio de la Iglesia de San Agustín, sobre la puerta que da á la sacristía.

Pesado.

Pues á fe que si por ésta del desposorio hemos de juzgar de su habilidad, debemos sentir que el señor notario no se hubiera dejado los procesos, los expedientes y toda la balumba de papeles de la notaría para darse exclusivamente al pincel y los colores.

Clavé.

La composición, aunque sencilla, está bien ideada. Un pontífice colocado en el centro, toma con una de sus manos la de la Virgen, y con la otra la de San José, para unir las. Algunos ángeles animan la escena y se mues-

tran officiosos en servir á su reina; como ese que por atrás le recoge la larga vestidura. El pontífice es un personaje grave y respetable, pero al que no faltan dulzura y bondad. Mas donde naturalmente apuró su arte el pintor, fué en la figura de la Vírgen. Vea vd. qué doncella tan esbelta, tan bien parada; y al mismo tiempo tan modesta y ruborosa, que se percibe el encogimiento con que tiende la mano para tocar la del esposo. Bueno es tambien éste, y sobre todo los paños. Nuestro amigo Caballari nos decia una vez, que esa capa amarilla de San José le recordaba los grandes coloristas de la escuela veneciana, y que el cuadro, en su conjunto, le parecia el mejor de los que aquí hay. Sin extenderme á tanto, creo que es de los buenos, y que debe merecer á su autor uno de los primeros puestos entre los pintores mexicanos. El de Santo Tomás de que habló el Sr. Couto, confieso á vdes. que yo lo tomaria por de algun bolognés de la escuela de Caracci, si la firma de Arteaga, escrita al pié, no asegurara á éste la gloria de haber ejecutado tan excelente pintura. Está hecha con un vigor y una fuerza desconocidos en la escuela mexicana, cuyo rasgo característico es la blandura y suavidad. Frente á él está colgado otro cuadro de los discípulos de Emaus, sumamente estropeado, y sin nombre de autor; pero que parece venir de la misma mano, pues campean en él las mismas dotes. Por último, he oido decir que en un convento, no recuerdo cuál, hay de Arteaga una adoracion de los Reyes, en que se nota su estilo fuerte y resuelto.

Pesado.

Allí sobre la puerta veo un gran lienzo del entierro del Salvador, con el nombre de Baltasar de Echave, y

la data de 1665. Pero no parece del mismo autor que los que vimos ántes.

Couto.

Es en efecto del segundo pintor de ese nombre, así como el martirio de San Pedro de Verona que está al lado, y los cuatro evangelistas chicos que hay abajo. El Entierro se adquirió de la iglesia que llaman del hospital de Texcoco; los demas nos vienen de la Colegiata de Guadalupe, cuyo cabildo los donó á la Academia. Sospecho que este pintor pudo ser hijo del primer Baltasar de Echave, no sólo por llevar su nombre segun el uso de las familias entre nosotros, sino porque algun biógrafo del padre, dice positivamente que no sólo su mujer, sino tambien sus hijos eran pintores.³⁷

Clavé.

La diferencia del estilo entre los dos se echa de ver luego. El viejo atildaba y concluia perfectamente sus obras, en las cuales resplandece por otra parte un excelente gusto y buena ciencia del arte. Este segundo era pintor de efecto, que daba golpes fuertes y no se cuidaba mucho de acabar. Aun se observan incorrecciones de dibujo, que con un poco de atencion se hubieran evitado, como la que hay en este brazo que cuelga del Salvador muerto. Sin embargo, la obra en totalidad hace impresion y manifiesta venir de una mano franca, capaz de ejecutar buenas cosas, cuando se detenga á estudiarlas. Hay aquí rasgos que recuerdan la pintura grasa y vigorosa de Arteaga en el Santo Tomás de la iglesia de San Agustin.

Couto.

Otro tercer Echave (Manuel) hubo hácia el mismo tiempo, de quien conozco un cuadro apaisado con figuras del Niño, la Vírgen y San José, de medio cuerpo; y si no hacia cosas mejores que esa, no mereceria que se le mencionara, á no ser por el apellido que lleva, y que acaso atestigua su deudo de sangre con los dos de quienes hemos hablado.

Pesado.

De suerte que entónces pudiera aplicársele en el Nobilario de las Artes el dicho del poeta latino:

..... perit omnis in illo
Nobilitas, cujus laus est in origine sola.

Couto.

Aquel cuadro más chico que queda acá á la izquierda, y es un santo obispo dando limosna á unos pobres, es de Antouio Rodríguez, que lo pintó en 1665. Poco interes tiene en sí; pero á los ojos de los peritos presenta ciertos rasgos de la escuela de José Juárez, ó quienquiera que sea el autor de los milagros de San Salvador de Orta. Del mismo Antonio Rodríguez he visto en San Camilo una Santa Teresa, de 1663, y en Belem un San Agustin, escribiendo, que me pareció de más mérito. Por aquel tiempo florecian otro Rodríguez (José) y Antonio Alvarado, que pintaron el arco triunfal que erigió la ciudad para el recibimiento del Virey Conde

de Paredes en 1680, y cuya pomposa descripción nos ha dejado D. Carlos de Sigüenza en el Teatro de virtudes políticas. De José Rodríguez dice que sólo era inferior á los antiguos en la edad, y que á retratos hechos por él no faltó quien los saludara como vivos. Igual le parece Alvarado en la valentía del dibujo y en la elegancia del colorido.⁴⁰ Pero hay que recordar que aquel erudito escritor era inclinado como pocos á la hipérbole. También debieron existir hácia la misma época José Torres y Manuel Orellano, á quienes sólo de nombre conozco. De un Diego Casanova he visto una Purísima de 1664, mediana; de Juan de la Plaza, sin fecha, varias obras, un poco extravagantes; y de Nicolás Correa una Santa Rosa de 1691. Por aquel mismo tiempo, ó muy poco despues, debió vivir Manuel Luna, de quien se dice que tenia alguna franqueza de ejecucion y regular dibujo. Yo no he visto obras suyas.

Pesado.

Ahí enfrente tienen vdes. otro Correa, Juan, en aquella Santa Bárbara que no carece de agrado. La figura es digna, el colorido templado, y el dibujo no parece malo.

Couto.

Ese cuadro nos viene de la Profesa, donde queda otro que de buena gana habria yo traído también, y representa á San José llevando de la mano al niño. De cuantas obras de Juan Correa han pasado por mis ojos, dentro y fuera de la ciudad, que han sido bastantes, tal vez

sean estas dos las mejores. Correa pintó mucho: suyos son, entre otros, los dos cuadros del purgatorio que están á los costados del altar del Perdon en Catedral, y tienen fecha de 1704; si bien debió trabajar en México desde ántes de concluirse el siglo precedente. Tambien hay obras de su mano en Santo Domingo y la Merced: una de las que ví en este último convento, es copia del desposorio de la Virgen, de Arteaga. A Correa le hace más honor alguno de sus discípulos que sus pinturas. Hablo de D. José Ibarra, quien en su carta á Cabrera, que cité ántes, le llama su maestro. Por cierto que cuenta que para hacer las Vírgenes de Guadalupe, se valia de un papel aceitado, en el cual se habian tomado al trasluz los perfiles de la imágen. Mezquina traza para un artista.

Pesado.

El estudio de Nuestra Señora de Guadalupe, creo que fué cosa que ocupó mucho á los pintores de aquel tiempo.

Couto.

Desde que en 1648 publicó el presbítero Miguel Sánchez la primera historia de la aparicion, se fijó la atención en la imágen, y empezaron á multiplicarse las copias; pues ántes de esa época no habia en la ciudad más que una, que estaba en Santo Domingo, segun asegura un analista contemporáneo ⁴¹ En 1666 se hizo el reconocimiento facultativo del lienzo, en que intervinieron siete pintores, que fueron el Lic. Juan Salguero, clérigo; el Br. Tomás Conrado, hombre de letras; Sebastian

López de Ávalos, Nicolás de Fuen Labrada, Nicolás de Angulo, Juan Sánchez y Alonso Zárate; *sus obras*, escribía el autor del Escudo de armas de México, hácia mediados del siglo último, aun nos están diciendo sus aciertos. ⁴² Yo no he visto hasta ahora todos ellos, sino unos cuadros apaisados del Avalos, que están en el altar de la testera de la capilla de San Cosme en Catedral, y son poca cosa á juicio de los inteligentes. Por cierto que en la misma capilla hay, en el altar de la izquierda, seis cuadros, sin nombre de autor, pero que parecen de escuela mexicana, y llaman justamente la atención, por la armonía de entonacion que al Sr. Clavé le recordaba la de la escuela de Murillo. El del centro representa á San Agustín, encima hay una Anunciacion, y de los cuatro de los lados, uno es San Ignacio, y otro San Felipe Neri. El retablo en que están no careceria de gracia, y es lástima que no se conserve con más aseo.

Clavé.

Recuerdo á vd. que en una pieza de abajo tenemos un lienzo de gran tamaño, que representa el nacimiento del Salvador, pintado por Pedro Ramírez, artista un poco grotesco, aunque no careciera de ejecucion, y en el que vd. ha creído reconocer semejanza con algunos de los cuadros de la sacristía de la Merced. Si por éste del nacimiento hemos de conjeturar la época en que existió el autor, debemos suponerlo contemporáneo de los Echaves y Juárez. ⁴³

Pesado.

Pues por lo que veo, hubo en México no corto número de pintores en el siglo XVII.

Couto.

Aun nos falta mostrarte algo de los dos Rodríguez Juárez, que lo cerraron dignamente, y que dieron principio á una nueva edad de la pintura entre nosotros. Pero ántes quiero decirte, que del mismo siglo XVII conozco además, de otros oscuros, algunos que por su mérito te nombraré. Sea el primero Juan de Herrera, á quien nuestros antepasados llamaron el *divino*, como en España á Luis Morales, ó porque sólo se ejercitaba en asuntos sagrados, ó por la perfeccion con que los desempeñó. En la capilla de reliquias de Catedral, que mencioné atrás, hay en el altar principal doce cuadritos firmados de su nombre, con fecha de 1698, que representan santos mártires, bien acabados y de bastante gusto.

Clavé.

Tengo muy presente que cuando los vimos, nos dejaron algun sabor de estilo holandés.

Couto.

El segundo es Fr. Diego Becerra,⁴⁴ lego franciscano, connovicio del padre Vetancurt, que le llama insigne, y por quien sabemos que en la segunda mitad del siglo pintó varias obras para su convento, las cuales se quitaron de la portería por lo que allí sufrían, y se distribuyeron en otras partes del edificio.⁴⁵

Clavé.

Ese ha de ser el Becerra franciscano, de quien ahora dos años ví en su convento de Puebla, en la escalera, tres

grandes lienzos de asuntos de la Órden que me pluguieron bastante.

Couto.

El tercero es otro Becerra, Nicolás, de quien hay en el Hospital de Terceros un cuadro grande de San Luquecio, pintado en 1693, y que parece una anticipacion del estilo que años adelante usó Cabrera. El cuarto es el padre Manuel, jesuita, de cuya vida no he podido alcanzar noticia, á pesar de haberla buscado con diligencia. Beltrami, que lo coloca (ignoro sobre qué dato) en el siglo siguiente, dice que pintaba admirablemente con ambas manos, y que él vió una bella muestra de su talento en un cuadro de la Cena, en el refectorio de San Fernando. Bien hace quince años que yo busco la tal Cena en aquel convento, y no doy con ella, ni hay padre de los antiguos que la recuerde. La que allí enseñan, y está ahora en un claustro de arriba, junto á la puerta de entrada de la sala de recibir, es obra de Pedro López Calderon, ejecutada en 1728, y firmada de su mano; de mediano mérito. Donde realmente habia una pintura del padre Manuel, era en la escalera del Colegio de San Gregorio, que se conservaba como estuvo en tiempo de los jesuitas. Es un cuadro apaisado, firmado del autor, y que representa la sacra Familia. Yo he visto pocas pinturas de México, que me hayan parecido de tanta gracia y perfeccion. Si así trabajaba siempre el padre, sin duda que rayó bien alto en el arte. El cuadro se habria trasladado hace tiempo á esta sala, si hubiese yo podido dominar la ira que me causaba la temeridad de no sé qué audaz restaurador, que quiso retocar, como ellos di-

cen, varias de las figuras, y las echó á perder del modo más lastimoso. Quedan sólo algunas intactas, y por ellas puede juzgarse de lo que era la obra en su estado original. El rancio de los colores me hace creer que fué anterior al siglo pasado. Nuestro amable amigo D. Urbano Fonseca, más paciente que yo, ha influido para que esa bellísima ruina (que así puede llamarse) pasara á la Escuela de Medicina, donde actualmente se halla.

Clavé.

Lo que vd. cuenta de ese cuadro, me recuerda el dicho de un inteligente: más obras han estropeado los restauradores que la mano del tiempo.

Pesado.

Ibas á enseñarme algo de Rodríguez Juárez. Á uno de ellos conozco desde que en años pasados vimos juntos tú y yo alguna cosa de su mano que nos llamó la atención en el colegio de Tepozotlan, antiguo noviciado de jesuitas. Del otro no tengo noticia.

Couto.

Pues comenzaré por esotro. Era presbítero y se llamaba Nicolás. Esta Santa Gertrudis que ves aquí ofreciendo su corazón al Cristo crucificado que está sobre el altar, fué pintada por él en 1690, segun consta de la firma que se lee abajo. En los claustros de la Profesa hay obras suyas, que no abundan mucho en la ciudad, quizá porque siendo clérigo, no tenia de oficio la pintura, y sólo

la ejercitaba por aficion. Era tambien hábil retratista. He visto de su mano un niño, sobrino del Sr. Santa Cruz, obispo de Puebla, ejecutado no sin gracia.

Clavé.

En este cuadro de Santa Gertrudis es notable la dificultad que presentaba el pensamiento que sirvió de tema á la composicion. La santa tenia que estar arrodillada delante del altar; y era precis sacrificar, ó la vista de éste, que el espectador naturalmente espera encontrar al frente, ó la figura de la santa, que es el protagonista, poniéndola de espaldas. Nicolás Rodríguez salió del embarazo cogiendo al soslayo la escena, pero de manera que conservando del altar lo bastante para que se comprenda el asunto, la santa en el rostro y cuerpo se presente más que de medio perfil. En cuanto á la ejecucion, la masa del altar mismo hace efecto por su sencillez y regularidad; la santa ofrece un buen total en los paños, en las carnes, y en la expresion; y el tono del fondo y el conjunto de la composicion dan á la obra cierto aspecto de seriedad y alteza, en que se detiene no sin miramiento el espectador.

Pesado.

Las pinturas que en Tepozotlan nos llamaron la atencion, son de Juan Rodríguez Juárez, y consistian en una serie de cuadros que representan la vida de la Virgen. Por cierto que delante de alguno, el de la huida de Egipto, nos detuvimos largo rato. La composicion es graciosa, y la ejecucion excelente. Nunca olvidaré una media

tinta que hay sobre del rostro de la Virgen, y expresa la sombra que le forma el tocado que lleva en la cabeza. En el conjunto de los cuadros nos pareció notar alguna desigualdad. Despues ví en los claustros de San Francisco de Querétaro una vida del santo, y otra de San Antonio, ambas de su mano, justamente celebradas. Pero de su persona no tengo noticias: supongo que algo habrás tú averiguado.

Couto. *

Dícese que era hermano del presbítero Nicolás, y ambos sobrinos de José Juárez. Debió nacer el año de 1675 ó 76, pues consta que murió el 14 de Enero de 1728, á la edad de 52 años.⁴⁶ Acaso ningun artista hasta su tiempo habia alcanzado tan alta reputacion en México, donde fué conocido con el nombre de Apéles mexicano. Aquí tenemos de él ese San Juan de Dios de cuerpo entero que está arriba; y estos dos bocetos (si bocetos pueden llamarse estando tan acabados) de los dos cuadros, la Asuncion y la Epifanía, del altar de Reyes en Catedral. Sospecho que son tambien de su escuela los otros doce cuadros que están repartidos en los dos altares de los lados, así como un San José y una Santa Teresa que hay á bastante altura. Cotejados los de la Asuncion y Epifanía con esos bocetos, se observan las variaciones que iba haciendo el artista en su primer pensamiento; variaciones que, ó nacian de las mejoras que le iban ocurriendo, ó eran precisadas por los tamaños de la tabla sobre que pintaba. Hay la tradición de que se retrató á sí mismo en este caballero que está aquí á la izquierda de este espectador en el cuadro de la Epifanía, armado

de cota, y con una faja azul que baja del hombro á la espalda. Y paréceme que en efecto hay semejanza entre la tal figura y aquel retrato suyo de medio cuerpo, con casaca azul, que hace tiempo posee la Academia.

Clavé.

Para conocer el mérito de ese pintor, es necesario ver en la iglesia de San Agustín, en la puerta del costado, los dos grandes cuadros que allí dejó, y serán perenne monumento de su gloria. El uno es un San Cristóbal colosal, trazado con vigor é inteligencia; el otro representa una vision de Santa Gertrúdis, que está arrodillada en la parte inferior, contemplando á San Agustín que aparece arriba en gloria. Tal vez hasta su tiempo no se habia hecho en México pintura que le sacara ventaja. Sin meterme en las comparaciones que hace Beltrami, sin decir que en Rodríguez Juárez hay mucho de Caracci, y que acaso le excede en el colorido y el dibujo, sí creo que el nombre del primero no acabará miéntas su cuadro de Santa Gertrudis exista. En los ángulos del corredor alto de San Francisco, hay otras obras suyas, del año de 1702, y entre ellas una del juicio de San Lorenzo, en la cual llama la atencion no ménos la noble figura del Santo diácono, que el grupo de mendigos que lo acompañan. Tambien se distinguió en el retrato, como su hermano Nicolás. En el convento del Cármen hay uno del Virey Duque de Linares, de cuerpo entero, ejecutado por él, de bastante mérito. Sospecho que son tambien de su mano algunos otros que allí he visto, como el del Marqués de Altamira, notable por el carácter y la verdad del rostro.

Couto.

En las obras de este célebre maestro me ha parecido observar dos tonos distintos correspondientes á dos épocas de su vida. En la primera siguió el colorido que habian usado nuestros pintores del siglo XVII: quiso luego darle esplendidez, y adoptó otro, que es el que se ve en los cuadros de la segunda época. El cambio fué grande; y como lo siguieron los pintores posteriores, puede decirse que es jefe de una nueva escuela mexicana, que duró por todo el siglo XVIII. En lo poco que de él tenemos en esta galería, observarán vdes. que el San Juan de Dios pertenece á la época primera, y los bocetos á la segunda. La diferencia de entonacion en el color salta luego á la vista.

Pesado.

Efectivamente, el San Juan de Dios recuerda bastante la manera de los pintores de quienes hemos venido mirando cuadros hasta aquí, al paso que los bocetos parecen marcar el punto de partida de la escuela de Ibarra, Cabrera, etc.

Clavé.

Todavía la diferencia se haria más sensible, si pudiéramos cotejar el mismo San Juan de Dios con otras pinturas de Juan Rodríguez; v. g.: algunos pasajes del Evangelio que hay en los corredores altos de la Profesa, como la Transfiguracion y la Tempestad en la barca. Si no

constara que todas son de un autor, yo diria que entre aquella y éstas habia mediado un siglo, segun lo que varía el colorido.

Couto.

Yo no sé si la novedad hecha por Juan Rodríguez debe atribuirse, al ménos en parte, á inspiracion venida de fuera; esto es, al deseo de imitar las obras que desde el siglo XVII pudieron empezar á llegar de pintores sevillanos, y señaladamente del gran Bartolomé Murillo. Sabemos que éste, en su primera época, ántes de ir á Madrid, se mantenía en Sevilla *pintando de feria*, como dice Palomino, y que aun *hizo una partida de pinturas para cargazon de Indias, con la cual adquirió un pedazo de caudal para costear el viaje*. Muy probable es que algo de ello viniera á México. Además, se cree que la hermosísima Vírgen que llaman de Belem, y está en el coro de Catedral, fué un don que viviendo todavía el pintor, hizo á este cabildo un obispo que pasó para las Filipinas, y se consagró aquí. Si la tradicion es fiel, Juan Rodríguez debió ver aquel egregio cuadro, que en un hombre de su talento bastaba para que nacieran nuevas ideas sobre el arte. Por último, consta que de los dos hijos de Murillo, el mayor, D. Gabriel, sugeto de grande habilidad en la pintura, y de mayores esperanzas, vino á Indias, y en ellas murió bien mozo, si bien vivia todavía al tiempo del fallecimiento de su padre, acaecida en Sevilla el año de 1682. ¿No puede ser la Nueva España el punto adonde viniera? Algunos lo han creído así, y aun sospechan que varias de las pinturas que entre nosotros corren con nombre de Murillo, son del hijo y no del pa-

dre. " En esa hipótesis éste habria sido otro medio para que á Rodríguez Juárez y sus contemporáneos se comunicara algo del estilo de aquel célebre maestro y de su escuela, especialmente en el color. Pero sea lo que fuere de estas conjeturas, que de tales no pasan, el hecho cierto es, que en Juan Rodríguez encontramos una verdadera novedad, una revolucion (como ahora dicen) en la pintura.

Clavé.

Un maestro, sin embargo, conozco que no la siguió, y era de aquel tiempo, segun vd. me ha dicho; Cristóbal Villalpando.

Couto.

En efecto, hay pinturas de él, á lo ménos desde 1683 hasta 1710.

Clavé.

Villalpando se me ha hecho notable, en primer lugar por la gran desigualdad de sus obras. En algunas se detiene la vista por su mérito, al paso que en otras la mano del artista cae hasta parecer ménos que mediano. Tales son, por ejemplo, las de la Pasion en los claustros de San Francisco, de que hablaba vd. ántes: en segundo lugar, tratándose de valentía y rasgo de imaginacion, tal vez en México ninguno ha tenido más que él. Básteme citar en prueba los grandes lienzos que cubren las paredes de la sacristía de Catedral, y representan la

Asuncion de Nuestra Señora, la gloria de San Miguel, su lucha con el Dragon, el triunfo de la Eucaristía ó de la fe, etc. Aquel hombre manejaba el lápiz y el pincel á grandes tajos.

Pesado.

Alguna vez he considerado esos cuadros, y me ha parecido que su autor concebía como un poeta.

Couto.

Sí, como un poeta, pero del tiempo de Góngora y Villegas. Por lo demas, de Villalpando he visto obras más chicas, cuadros de caballete, en que me ha parecido encontrar juicio y mejor gusto; por ejemplo, uno que hay en la Encarnacion, y representa á San Francisco orando en el desierto; la figura del santo es sumamente devota y expresiva. Respecto del colorido, tiene razon el Sr. Clavé; Villalpando no adoptó el de Juan Rodríguez y sus secuaces, sino que usó siempre el suyo propio. Ignoro si seria de la misma familia otro Villalpando, el Br. Cárlos, de quien tenemos aquí ese cuadrito de perspectiva que presenta el exterior de la iglesia de Belem. Suyo es tambien un medio punto grande que está en la iglesia de San Agustin, sobre la puerta que queda frente á la del costado, y tiene por asunto la predicacion de San Javier á los indios. En éste se nota algo del nuevo colorido que se iba introduciendo en nuestra escuela, y que fuera del de Cristóbal, adoptaron, como he dicho, todos los pintores de la época. Pertenece á ese número un tercer Correa (Miguel), de quien ví en el comulgatorio de la iglesia de San Francisco, en Texcoco, una

mala Purísima del año 1704: Juan de Aguilera, superior á él, que pintó hácia 1714 algunos cuadros del apostolado que hay en el noviciado de Santo Domingo, en que tambien trabajó Ibarra: Francisco de Leon, que dejó un valiente cuadro de la gloria de la Vírgen del Rosario en el corredor de la escalera del mismo convento, el año 1727: Antonio Torres, nombrado en 1721 con los dos Rodríguez Juárez, para reconocer el lienzo de Nuestra Señora de Guadalupe, y de quien he visto una Asuncion de regular mérito, con fecha de ese mismo año, y en San Francisco alguna cosita con la de 1715: Francisco Martínez, notario de la Inquisicion, como Artega, de quien hay allí mismo en el antecoro un cuadro alegórico de la gloria del santo y de su Órden; en San Diego, todos los que cubren las paredes de los corredores bajos del primer patio; en el muro exterior del coro de Catedral, dos del martirio de San Lorenzo á los lados de su altar, pintados en 1736, y aquí, en esta galería, esos dos Evangelistas que nos regaló la Escuela de Medicina, y fueron ejecutados en 1740: Fr. Miguel de Herrera, agustino, de bastante rasgo en la ejecucion, autor del gran lienzo que se colocó en la portería del Cármen durante las fiestas que para solemnizar la canonizacion de San Juan de la Cruz hizo la Órden el año 1729, y que pintaba todavía en 1742; finalmente, Nicolás Enríquez, de quien posee D. Manuel Escandon algunos cuadros chicos de la historia de Alejandro, la Universidad una Purísima grande, adorada por los siete arcángeles, que le dimos en cambio de aquella de Cabrera, y acá conservamos este cuadrito en que la Vírgen y el Salvador se dejan ver de algunos santos fundadores de Ordenes religiosas.

Clavé.

Las figuras de estos últimos son lindas, y sacan bastante ventaja al Cristo y la Virgen.

Pesado.

Parece que con estudio han colocado vdes. ese cuadro cerca de los de Ibarra, á quien mencionabas hablando de Aguilera. En el colorido noto que Enríquez é Ibarra se parecían mucho, y que los dos caminaron sobre las pisadas de Juan Rodríguez.

Couto.

En efecto, D. José Ibarra entró á toda vela en la novedad introducida por aquel célebre maestro, y acaso hasta la exageró en algunos puntos, como en la predileccion del color rojo y azul que prodigaba en sus obras. Obsérvalo, por ejemplo, en esas laminitas de la vida de la Virgen, en las cuales, por otra parte, hay figuras bellas, como la del jóven que está encendiendo una hacha en el pasaje de la presentacion al templo.

Clavé.

Pero mucho mejor que ese es aquel otro cuadro de la Circuncision que tenemos enfrente, y está pintado en lienzo. La escena toda la alumbra el nombre del Salvador, que aparece en lo alto entre resplandores. El grupo de las personas que intervienen en la ceremonia, es-

tá formado con inteligencia, y la figura de la Vírgen, que con ternura maternal aparta el rostro para no ver el acto, es interesante. En los otros cuadros suyos que están ahí á los lados, se nota igual pericia y gusto.

Couto.

Lo más importante que de Ibarra conozco en México, son los dos lienzos que cubren las testeras del aula mayor, ó general del Colegio de San Ildefonso, y fueron pintados en 1740. El uno, que es el que queda á la derecha como entramos, ofrece una especie de alegoría, no muy feliz á la verdad, en que se registran el Padre Eterno en la parte superior, San José con el Niño en medio, y abajo los dos santos mártires, San Josaphat arzobispo y San Juan Nepomuceno, ya muertos. El de la izquierda, que en mi juicio le saca mucha ventaja, es de perspectiva, representa la parte central del interior de un templo; bajo la cúpula se levanta un templete, dentro del cual San Luis Gonzaga adora arrodillado á la Vírgen, que aparece con el Niño entre nubes: en los remates superiores están á los lados San Ildefonso y Santa Catarina; por último, en dos columnas de delante se ven las estatuas de Santo Tomás de Aquino, y un santo obispo, que acaso será San Agustín. Las figuras son buenas, la perspectiva está formada con arte, y la obra toda en su conjunto, aunque pertenece á un género que los peritos reputan algo extravagante (no obstante haberlo usado maestros como el padre Pozzo), hace efecto. Otro cuadro suyo encontramos en Texcoco el Sr. Clavé y yo, que nos llamó la atención, y que su dueño, que era un pobre, no quiso vender para la Academia, á pe-

sar de las propuestas que le hicimos. Es un Calvario, que exhala un perfume de devocion, que se comunica al espectador. Y tiene la particularidad de haber sido probablemente la última obra grande que ejecutó Ibarra, pues lleva fecha de 1856, y consta que él murió el 22 de Noviembre de ese año. ⁴⁸

Clavé.

A juzgar por la porcion de obras que ha dejado dentro y fuera de la Capital, su vida debió ser larga y laboriosa, pues acababa bien lo que hacia, y no era de los artistas que buscan el efecto en unos cuantos toques dados con bizarría.

Couto.

Frescamente se ha escrito que nació en 1688, aunque no se señala la fuente de donde se tomó la noticia. ⁴⁹ Su amigo y colega D. Miguel Cabrera, aseguraba en el mismo año de su muerte, que habia llegado á una edad respetable, y que habia conocido no sólo á los célebres pintores de su siglo, sino á muchos de los que florecieron en el anterior, ⁵⁰ lo cual no sé si pueda decirse con propiedad de un muchacho de 12 años, que eran los que debia tener al concluirse el siglo XVII, si efectivamente habia nacido en 1688. Pero sea de ello lo que fuere, lo que no tiene disputa es, que en una vida más ó ménos prolongada, adquirió maestría en el arte y ganó merecida reputacion, que conserva hasta nuestros días. Decian que era el Murillo de México, y que aun en la figura se asemejaba al sevillano. A vuelta de algunos

años no se creía que sus obras hubieran sido hechas aquí, y se atribuían á artistas extranjeros. Había, por ejemplo, quien porfiaba haber visto desencajonar, traída de Roma, la imágen de Nuestra Señora de la Fuente que está en el convento de Regina, cuando el presbítero D. Cayetano Cabrera recordaba con zumba la prisa que había visto darse á Ibarra para concluir la y entregarla el día que lo tenía ofrecido, y que aun había trabajado aquella noche con luz artificial para pintar en el cuadro las candelas que alumbran á la imágen, y era lo que le faltaba. ⁵¹

Pesado.

De esas preocupaciones hay en todos tiempos y en todos los países. Acuérdate del Cupido que Miguel Ángel tenía que enterrar, para que excavándolo luego como un antiguo, recibiera los aplausos que no se le habrían dado si desde el principio se hubiera sabido que era suyo. Y eso en la ciudad y en el siglo más cultos en materia de bellas artes; en la Roma de Julio II y Leon X.

Couto.

No daría poco que reír á Ibarra la disputa de los que habían visto llegar del extranjero su cuadro, si bien aquello debía por otra parte lisonjearle. Algunos chistes se le escaparían en la ocasión, porque parece que era hombre decidor, de cierta vena, y que aun cultivaba la poesía.

Pesado.

No recuerdo haber visto nada suyo en ese género.

Couto.

La muestra que conozco, es de versos segun la moda de su época en México; versos de conceptos y agudezas. Este resabio habia quedado del siglo precedente, y era lo que entónces privaba. ⁵²

Clavé.

Ibarra nos conduce como por la mano al taller de Cabrera, con quien tuvo buena amistad segun ha dicho vd.

Couto.

Juzgo que Ibarra era un poco mayor en años que Cabrera. De las relaciones de ambos quedan hartos testimonios, á pesar de que pudieran haberse visto como rivales en fama, pues los dos la tuvieron suma entre sus contemporáneos, y la conservan en la posteridad. Sus nombres andan juntos en nuestras bocas, y casi nunca pronunciamos el de uno sin recordar al otro.

Pesado.

La buena amistad de esos dos maestros es una leccion para ciertos artistas que, sin ser lo que ellos fueron, no saben vivir en paz con los de su oficio. Por lo demas, aunque juntemos los nombres de Ibarra y Cabrera, no creo por eso que pretendamos igualarlos. Cabrera es en México la personificacion del grande artista, del pintor por excelencia; y un siglo despues de muerto conserva intacta la supremacía que supo merecer, y que nadie, á lo que entiendo, le disputó en vida.

Couto.

¡Tiene tan buenos títulos para mantenerla! Lo primero que siempre ha llamado la atención en él, es una fecundidad sin ejemplo. Formar la lista de sus obras sería cosa imposible, porque materialmente llenó de ellas el reino, y no sólo las hay en todas las grandes poblaciones, sino que suele encontrárselas hasta en las pequeñas, y aun en el campo. Esta fecundidad no provenía únicamente de lozanía de imaginación, sino de una facilidad y soltura de ejecución, que hoy no podemos concebir. Entre sus obras clásicas, ocupa señalado lugar la vida de San Ignacio, que dejaron los jesuitas en los corredores bajos del primer patio de su casa profesa. Son 32 grandes cuadros al óleo, cada uno con muchas figuras, casi todas del tamaño natural, trabajadas con esmero y bien concluidas. Yo me quedé admirado cuando leí en los cuadros mismos que la obra se había empezado el día 7 de Junio de 1756, y se había terminado en 27 de Julio de 57; es decir, en ménos de 14 meses, tiempo que apenas bastaría hoy á un artista ejercitado para pintar tres ó cuatro de aquellos lienzos. Pero mi admiración subió de punto, cuando hallé que la vida de Santo Domingo, que hay en los claustros de su convento, de iguales condiciones que la de San Ignacio, fué trabajada en el mismo año 1756. Justamente se celebra que Vicente Carducho hubiese cumplido el contrato que en 1626 hizo con el prior de la Cartuja del Paular, comprometiéndose á pintar en cuatro años cincuenta y cinco cuadros de la vida de San Bruno y de sucesos de la Orden, es decir, á razón de 14 cuadros por año. ¿Qué hombre era, pues, Cabrera, que podía dar cima á empre-

sas cuatro veces más laboriosas que aquella? Es necesario ver sus dos colecciones para apreciar todo lo que en ellas tuvo que hacer. Paréceme que nuestro artista pintaba cuadros, como en el siglo anterior Lope de Vega componía comedias.

Pesado.

Pues á fe que á Cabrera no puede aplicarse lo que aquel esclarecido ingenio decía de sus piezas:

Del vulgo vil solicité la risa
Siempre ocupado en fábulas de amores;
Así grandes pintores
Manchan la tabla aprisa.

Lo que Cabrera nos ha dejado en sus tablas, no son manchas, hablando en lo general, sino claros destellos de luz, que todavía hoy enamoran nuestros ojos. Por lo demás, la celeridad con que despachaba sus encargos, creo que en parte puede atribuirse á otra causa. He oído decir que tenía un gran taller, un verdadero obrador, en que pintaban con él porción de oficiales, y aun algunos de los maestros más formados de la ciudad. Naturalmente todos pondrían las manos en las obras que se le pedían; de manera que éstas, más que de un artista, podrían decirse de una escuela.

Couto.

Yo también he oído contar eso que dices; y en efecto sabemos que algunos pintores tan hábiles como Alcívar y Arnaez, estaban á su lado. Hay, sin embargo, una circunstancia en que debe repararse, y es la unidad de es-

tilo, de color, de entonacion, de dibujo que se observa en todo lo que lleva su nombre, y que á los ojos del espectador lo hace aparecer como salido de una mano, aunque no todo sea de igual mérito. Acuérdate que las desigualdades que notamos en la vida de la Virgen por Juan Rodríguez en Tepozotlan, nos hicieron sospechar que algunos de los cuadros serian hechos por sus discípulos. No sucede así con los de Cabrera; lo cual me parece que prueba que en éstos no sólo la invencion y la traza en grande, sino aun la ejecucion, al ménos en las partes principales, como las cabezas, era suya. De suerte que siempre le queda el prez de una soltura y facilidad raras.

Clavé.

Pues añada vd. luego el incontestable mérito de su pintura. El dibujo, aunque no puede decirse totalmente correcto, sin embargo, saca ventaja al de los más de los pintores mexicanos. El colorido en general es de la escuela de Rodríguez, pero sin la exageracion en que otros cayeron. Por lo que mira á la invencion, si bien algunas veces se le ve apelar á alegorías y aun al mezquino medio de los letreros que salen de las bocas de los personajes, en lo general escoge con juicio sus argumentos, y sabe componerlos con habilidad. Sus figuras están bien distribuidas en cada lienzo, y bien agrupadas donde conviene. El carácter que más resalta en él es la suavidad, la morbidez, y cierto ambiente general de belleza que se derrama en todo lo que hace. No tenia sin duda la buena escuela, ni el acendrado gusto de Baltasar de Echave el viejo, y ciertamente carecia del vi-

gor que distingue á Sebastian de Arteaga en algunas de sus obras; pero no sé qué magia hay en Cabrera, que siempre se le ve con placer, siempre gusta. Una de las cosas en que más sobresale, es en las cabezas, que casi todas son bellas. Y ya vdes. considerarán cuánto tiene adelantado el pintor que sabe poner buenas cabezas á sus figuras.

Pesado.

Aquí lo estaba yo observando en este San Bernardo y este San Anselmo, de cuerpo entero y de tamaño natural, que han colocado vdes. á los lados de la puerta. En el semblante de San Bernardo se retrata la terneza, la devocion, el misticismo de aquella alma pura; al paso que la serenidad y aplomo del santo arzobispo de Cantorbery, cuadran bien al profundo pensador del siglo XI. Recuerdo que estos dos cuadros estaban en la Universidad, con los de otros Santos Doctores, entre los cuales hay un Santo Tomás de Aquino tan grave, tan bien posado en el sillón, que parece estar discurrendo algun artículo de la Suma. Pero para valorizar dignamente á Cabrera, es necesario volver á las dos colecciones que se mencionaron ántes, la de San Ignacio y Santo Domingo: siempre las he reputado por dos de los más ricos tesoros de nuestra escuela de pintura. Lástima que la segunda esté tan estropeada de manos de los soldados que á menudo se han alojado en aquellos claustros: algunos de los lienzos acabaron ya.

Clavé.

Donde quiera que ponen el pié los hombres de armas, dejan tras sí esa huella de destruccion y de ruina. Mas

por lo que hace á Cabrera, puede conocersele con sólo este cuadro grande que tenemos ahí de la vision del Apocalipsis, cuando la mujer misteriosa que habia parido al niño huye de delante del Dragon, y San Miguel pelea con la fiera. La vision está aplicada á la Vírgen. Note vd. la belleza de su figura, la del niño, que levanta con ambos brazos, y respectivamente la de los demas personajes que se introducen en la escena. Creo que todas las dotes de Cabrera se registran en ese lienzo.

Pesado.

Bastante lo he visto en la Universidad ántes que vdes. lo trajeran á esta galería. Aquella corporacion parece que distinguió á Cabrera, y lo ocupó más que á ningun otro pintor.

Couto.

En eso hizo lo que casi todos los cuerpos y todas las personas importantes de la ciudad. Porque Cabrera no fué de aquellos artistas desconocidos ó desestimados en vida, y á quienes no se tributa honra sino despues del sepulcro. Nuestro pintor disfrutó en sus dias toda su fama y las atenciones que por ella merecia. El Arzobispo D. Manuel José Rubio y Salinas lo hizo su pintor de cámara, y con sus obras adornó su palacio. Las comunidades religiosas, los templos, los establecimientos públicos, todos á competencia quisieron tener pinturas de su mano. Pero quienes más se señalaron con él fueron los jesuitas, sagaces descubridores del talento y el mérito en todas líneas: Cabrera fué el pintor de la Compa-

ña, y entre el artista y aquella sábia corporacion mediaron relaciones estrechas. Las casas de los jesuitas estaban llenas de cuadros suyos. Por último, sus mismos compañeros de profesion, ¡cosa notable entre gentes de un oficio! aceptaron llanamente el principado que el voto público le concedia en el arte. Cuando en el año de 1753 concibieron el proyecto de plantear en México una Academia, á semejanza de las que por entónces empezaba á haber en España, pusieron á su cabeza á Cabrera, con el carácter de presidente perpetuo, que era el mayor testimonio que podian darle de estima y de respeto.

Pesado.

No sabia yo que ántes de esta nuestra Academia de San Carlos se hubiera pensado en establecer aquí una escuela de Nobles Artes. Ese pensamiento honra á los artistas nacionales que lo concibieron.

Couto.

La Academia estaba limitada á la pintura. El autógrafa de las Estatutos, firmado de Cabrera y de los otros Directores, lo he visto en poder de D. Francisco Abadiano, biznieta suyo. Componíase la Escuela de un Presidente, seis Directores, un maestro de matemáticas, un Secretario y un Tesorero. Los ejercicios consistian en lecciones de dibujo, el estudio de modelo vivo, y concursos anuales de pintura. Por cierto que hay en los tales Estatutos algunas prevenciones que llaman la atencion; como la de que jamas, ni por ningun empeño, se

admita por discípulo á hombre de color quebrado; que todo el que pretenda matricularse, compruebe ántes que es español; y que si á pesar de todo se introdujere alguno que no lo sea, se le eche de la Escuela luego que se descubra.⁵³ Los profesores muestran temer que el arte valga ménos, y aun llegue á envilecerse, si es ejercitado por otras manos. Raro sentir en maestros que todo se lo debian á su mérito individual.

Pesado.

Paréceme que eso que cuentas hace poco verosímil la voz que algunos traen en México, de que Cabrera era un indio zapoteca, nacido en Oaxaca, que vino á la capital en tiempo y por motivos que se ignoran.⁵⁴ Si tal hubiera sido, no habria escrito y firmado en los Estatutos un artículo que seria una ejecutoria de degradacion para él y los suyos.

Couto.

En cuanto al lugar de su nacimiento, la tradicion oral que de mozo alcancé yo entre los pintores de México, lo hacia natural de la Villa de San Miguel el Grande en el Departamento de Guanajuato, y respecto de su origen, además de la reflexion que acabas de hacer, la colocacion que tuvieron dos de sus hijas contradice el que has mencionado.⁵⁵

Clavé.

¿Y de su vida qué ha rastreado vd? Holgaria de saber algo de tan señalado artista.

Couto.

No he podido averiguar cuándo nació ni cuándo murió. De sus obras, la que he visto con fecha más reciente es un retrato del padre jesuita Juan Manuel Azcarai, pintado en 1764, que estaba en San Pedro y San Pablo. Es, pues, seguro que su muerte fué posterior á ese año. Parece haber sido persona de alguna cultura, adquirida por sí propio. Con ocasion del reconocimiento facultativo que en union de otros pintores practicó de la imagen de Guadalupe á instancias del Cabildo de la Colegiata en 1751, escribió un papel titulado *Maravilla americana, y conjunto de raras maravillas, observadas con la direccion de las reglas del arte de la pintura, en la prodigiosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México*. Bastante dice esta portada el asunto de la obrita; y en cuanto á su desempeño, el Dr. Bartolache, de genio un poco acedo, decia años adelante: “Demasiado fué que un hombre lego y sin otros estudios que los honrados domésticos del caballete y la paleta, acertase á componer un opúsculo en que unió la precision con la claridad, instruyendo y deleitando.”⁵⁶ Esta calificacion estomagaba á un escritor elegante de la época, el Dr. Conde, quien sospechó que Bartolache habia querido indicar que Cabrera no era capaz de escribir por sí aquello, y que probablemente le habian llevado la pluma sus amigos los jesuitas.⁵⁷ Sea de eso lo que fuere, el papel habla con lisura, y sin el estilo gongorino que entónces era de moda. Respecto de su sustancia, el mismo Bartolache daba á entender que á su juicio Cabrera habia registrado la imagen, más con los ojos de la devocion que con los del arte.⁵⁸

Clavé.

Me parece que dijo vd. ántes, que en rededor de Cabrera se agrupaban algunos de los pintores sus contemporáneos, y que aun habia de ellos quienes trabajaran en su taller. Yo tengo notado que se le parecen, aunque disten bastante de él casi todos los que conozco de su tiempo.

Couto.

Si alguno puede estar á su lado, creo que es D. Francisco Antonio Vallejo, de quien tenemos en esta galería aquella Purísima que nos vino de la parroquia de Coyoacan.

Clavé.

Ya vd. sabe la estima que he hecho de ese hábil pintor desde que examinamos juntos el gran cuadro que hay en la escalera de la Universidad, y me hizo vd. ver en el Colegio de San Ildefonso los que allí trabajó.

Pesado.

¿Vallejo era, pues, coetáneo de Cabrera?

Couto.

Con él fué nombrado como uno de los primeros maestros de la ciudad para el reconocimiento de la imagen de Guadalupe el año de 51, y suscribió en union de

Ibarra, Osorio, Juan Patricio, Alcívar y Arnaez, el juicio que se expone en la Maravilla americana. Entre las pinturas de San Ildefonso, una tiene fecha de 1761 y otra de 1764, año en que aún vivía Cabrera: finalmente, la de la Universidad es de 1774. Esta última es una especie de cuadro votivo ó conmemoratorio, mandado pintar por el Claustro cuando Cárlos III alcanzó del Pontífice Clemente XIV que se pusiera en la letanía de la Vírgen la deprecacion *Mater immaculata*. El fondo de la composicion lo forma la perspectiva de un grande edificio, dentro del cual, en el plano inferior, aparecen arrodillados el Papa, el Rey, el Arzobispo Lorenzana y el Virey Bucareli. Tras ellos, por uno y otro lado hay grupos de estudiantes. En un segundo plano aéreo está la Santísima Vírgen en el centro sobre nubes, los cuatro doctores que llaman marianos, San Pablo y Santa Catarina, tutelares de la Universidad, y Santo Tomás, San Juan Nepomuceno y San Luis Gonzaga, patronos de los estudios. La figura de la Vírgen en especial, es bella.

Clavé.

Debe sentirse que ese interesante cuadro haya sufrido bastante por el desabrigo del sitio en que está.

Couto.

Afortunadamente los de San Ildefonso se conservan bien. Uno, que hay en el General chico, representa la muerte de San Javier. El cadáver del apóstol de las Indias, en tierra, apoyado sobre una piedra, y al raso co-

mo murió en la isla desierta de Sancian, parece exhalar todavía el perfume que creían percibir los que se acercaban á él. A su lado un anciano vestido con rica seda de la China, se postra como para recoger el último aliento del santo. Pero la obra principal que de Vallejo hay en aquel Colegio, es el lienzo que llena la testera de la sacristía: al verlo, solamente se desea que hubiera en la pieza más luz para gozarlo mejor. En el plano de abajo, y casi en una línea, están San José arrodillado, con el Niño en los brazos, y á su izquierda Santa Ana en igual postura. A la derecha la Virgen y San Joaquin sentados; á uno y otro lado los siete arcángeles con los emblemas propios de sus oficios. Todas las figuras son buenas; pero la excelencia de la obra y la impresion que produce, me parece que provienen de otra causa, y es el partido que el autor supo sacar del enorme tamaño de su cuadro. Yo he oido decir á vdes., que en pintura conviene agrupar para concentrar mejor la atencion, y que las figuras juntas dan más golpe. Pero esta regla debe padecer excepciones, pues en el lienzo de que estoy hablando, el efecto lo obtuvo Vallejo, cabalmente por el principio contrario, el esparcimiento en la totalidad de la composicion. Encima del plano en que está la Sacra Familia, dejó un grande espacio vacío, interrumpido únicamente al medio por la paloma que simboliza al Espíritu Santo; y luego en la altura hizo aparecer sobre querubines al Padre Eterno, que es en sí mismo una figura magnífica, quizá la mejor del cuadro. La distancia que separa á la Divinidad de los séres que habitan la tierra, da á la composicion un aire de grandiosidad y elevacion, que yo no recuerdo haber encontrado en otra pintura mexicana.

Clavé.

La observacion que sobre ella hace vd. es exacta. Por lo demas, la regla de agrupar es como todas las reglas, se necesita tino para aplicarla, y hay casos en que conviene no seguirla. El talento de un artista está en saber usar las reglas.

Couto.

Otro cuadro hay en la misma sacristía, que no tiene firma, pero que supongo ser tambien de Vallejo, y representa la Pentecostés. El semblante de la Virgen, que ocupa el centro del cenáculo, tiene mucha expresion, y la nube rojiza que se abre arriba, y de la cual se desprenden las lenguas de fuego que bajan sobre los Apóstoles, hace buen efecto. Lo hace tambien en su conjunto otro cuadro suyo, el descendimiento de la cruz, que existe en la capilla alta de la Casa de Ejercicios de la Profesa. En general Vallejo tiene la facilidad, la blandura y la belleza que caracterizan á Cabrera.

Pesado.

De los otros pintores que mentaste hablando de éste, no veo que hayan vdes. adquirido obras.

Clavé.

Aquí tenemos de Juan Patricio Morlete Ruiz, ese pequeño lienzo de San Luis Gonzaga, que no carece de

agrado. En el Cármen, ántes de la librería, hemos visto el Sr. Couto y yo, cuadros suyos alegóricos, que es género á que parece que era inclinado. De Arnaez y Osorio andan obras en la ciudad.

Couto.

Por aquel tiempo eran bastantes los profesores de pintura que habia en México. Fuera de los que ya hemos mencionado, con Cabrera se unieron para la fundacion de la Academia, José Manuel Domínguez, como primer Director, Miguel Espinosa de los Monteros y Pedro Quintana. Florecia tambien á la sazón José Paez, que pintó en el claustro bajo de San Fernando la vida de San Francisco Solano (año 1764), y en la entrada del coro alguna cosa que no carece de interes. En San Ildfonso hay un lienzo de su mano, que representa la muerte de Santa Rosalía, de dibujo incorrecto y no agradable colorido, pero en el que la traza ó invencion es excelente. Si él discurrió aquel asunto y no lo tomó de alguna estampa, ciertamente que era artista de ingenio y sensibilidad. Andrés Islas pintó en 1773 el retablo de San Juan Evangelista que está en la capilla de Aranzazu, y algo que hay en la Profesa, todo de ménos que mediano mérito. D. Mariano Vázquez, que dicen fué discípulo de Cabrera, D. Manuel García, D. Roberto José Gutiérrez, D. Andrés López y D. Rafael Joaquin Gutiérrez, examinaron con Bartolache la imágen de Guadalupe el año 1787, en su calidad de profesores de pintura, y firmaron el atestado que aquel publicó. De Vázquez tenemos ahí su retrato, pintado por él mismo, que es ese que hace juego con el de Juan Rodríguez

Juárez. De Andrés López hay aquella Verónica, que parece trabajada pelo á pelo, como si fuera obra de miniatura, y en el General de San Ildefonso está el retrato del benéfico Sr. D. Cayetano Torres, hecho por él en el mismo año de 87. D. Manuel Carcanio, tercero de hábito descubierto de Santo Domingo, pintó una Vida de la Virgen, de figuras del tamaño natural, para el antecoro de aquel convento; alcanzó el establecimiento de nuestra Academia, y fué en ella Teniente de Director de pintura. Su discípulo Joaquin de Vega sacó este retrato de él, que es una valiente pieza en su género. Finalmente, Joaquin Esquivel, artista descuidado, y que parece una especie de *Tapresto*, ha dejado, sin embargo, en la Vida de San Pedro Nolasco, en los claustros bajos de la Merced, algun cuadro digno de estima, como el del coro, en que cantan los religiosos con atavíos de ángeles. Trabajaba en 1797.

Pesado.

Junto al retrato de Carcanio veo ahí un San Luis Gonzaga de José Alcívar, á quien varias veces han mentado vdes.

Couto.

El último de nuestros pintores de nombre, y en el que se cierra la antigua escuela mexicana, que vimos principiar en Baltasar de Echave. Alcívar se distingue por la blandura y suavidad, no obstante que es esa la cualidad general de la escuela, especialmente desde Juan Rodríguez Juárez para adelante. Alcanzó como Carcanio la fundacion de esta Academia, y fué

tambien teniente de Director. Pintó mucho en su vida, que debió ser larga, y sus cuadros de San Luis Gonzaga eran muy apreciados de nuestros padres. Ciertas incorrecciones de dibujo y una especie de atonía que creia yo observar en sus obras, me hacian tenerlo en ménos, hasta que en la sala de juntas de la Archicofradía del Santísimo en Catedral, ví los dos grandes lienzos que allí ha dejado; el uno, de la última Cena del Señor, y el otro del triunfo de la fe. En ellos aprendí á conocer lo que valia Alcívar, pues son dos obras de importancia y de singular belleza, en especial la Cena. Es de notarse que debió pintarlas siendo ya muy viejo, pues tienen fecha de 1799, es decir, cerca de 50 años despues de cuando acompañaba á Cabrera á estudiar y copiar la Virgen de Guadalupe; y sin embargo, no hay allí muestras de debilidad senil. Poco ántes, en carta que escribia al Dr. Conde, procuraba defender contra los tiros de Bartolache la memoria de aquel su amigo.⁵⁹ En breve debió él mismo bajar al sepulcro.

Pesado.

Dices que con Acívar se cierra el catálogo de nuestros antiguos pintores. Pero algunos años ántes se habia fundado esta Academia, dotándola el soberano, y enviando de España maestros y modelos que aquí no eran conocidos, como la hermosa coleccion de yesos que está abajo, en las galerías de escultura. Muy léjos, pues, de que debiera entónces acabar el arte, fué de esperarse que tuviera buenas creces y floreciera como nunca.

Couto.

Se esperaria lo que quisieres, pero ciertamente no sucedió lo que se esperaba. La muerte de la pintura en México es coetánea del establecimiento de la Academia; y despues de Acíbar, en un espacio de medio siglo, no vuelve á aparecer pintor mexicano que dejara obras importantes y ganara nombre.

Pesado.

¿Si confirmará ese hecho la antigua acusacion contra las Academias, de que inspirando timidez, apagan el ingenio y reducen el arte á encogidos procedimientos que al fin lo hacen morir mezquinamente?

Clavé.

Bien pensarán vdes. que un hombre que recibió educacion académica, y es hoy profesor en una Academia, no puede suscribir á semejante acusacion. Y seria, señores, un fenómeno bien singular que el estudiar un arte por principios, conocer sus reglas y observarlas, fuera lo que lo matase. Por otra parte, hay una observacion que á mí me ha hecho siempre mucha fuerza, y es que todos los grandes maestros, aun los que no habian cursado Academias, han deseado que la pintura se aprendiese por los procedimientos y métodos que en estas casas se usan. Parece como que sentian en sí el defecto de no haber recibido una instruccion fundamental y razonada. Sin salir de México, tienen vdes. una prue-

ba de la verdad de lo que acabo de decir, pues cuando el arte llegó á su apogeo en la escuela de Cabrera, él y los otros profesores se dieron modo de plantear una Academia, segun nos ha referido el Sr. Couto. Este juicio de los inteligentes en todos tiempos y países, á la verdad llama la atencion. Hay, pues, que buscar otras causas para explicar el hecho de haber decaido aquí la pintura, cuando se abrió esta escuela el año de 1785.

Couto.

Me ocurre desde luego que pueden señalarse dos entre otras. La una es, que la eleccion de los primeros maestros de pintura que se enviaron de España, fué, á lo que parece, poco acertada. Con título de primer director vino D. Ginés Andrés de Aguirre, académico de mérito de la de San Fernando de Madrid, quien en el espacio de trece ó catorce años que vivió en México, ni en obras ni en discípulos dejó cosa digna de memoria. Yo no he visto más cuadro suyo que una Vírgen de medio cuerpo en un nicho ó templete de piedra, siguiendo el estilo del padre Pozzo, y es obrita en que apénas puede ponerse atencion. Acompañóle, con carácter de segundo director, D. Cosme de Acuña, el cual, á poco, solicitó y obtuvo volver á España, pretendiendo que fueran allá á aprender con él los discípulos de la Academia.⁶⁰ No eran hombres como éstos los que podian mantener en su esplendor, y mucho ménos adelantar el arte que habian ejercitado en México Echave, Arteaga, Rodríguez Juárez y Cabrera, y que aún tenia profesores como Alcíbar.

Clavé.

Pues yo pensé que el primer Director de pintura enviado acá había sido Ximeno.

Couto.

Tal es la oscuridad en que han quedado los dos que le precedieron. D. Rafael Ximeno y Planes, educado en la Academia de San Carlos de Valencia, vino á reemplazar á Acuña el año de 1793. A la muerte de Aguirre en principios de este siglo, el Gobierno quiso que fuese segundo Director del ramo nuestro compatriota D. Anastasio Echeverría, célebre dibujante de la expedición botánica de Sessé y Mociño, y cuya magnífica Flora mexicana debe existir en Madrid. Humboldt que la vió, asegura que sus dibujos de plantas y animales pueden competir con lo mejor que en ese género ha producido Europa.⁶¹ Lo mismo oí á D. Pablo de la Llave y á otros que la conocieron. Sin embargo, su nombramiento para la Academia encontró dificultades que impidieron que se llevase á cabo.

Clavé.

Ximeno no merecerá á vd. la censura que sus predecesores, pues de su pericia quedan en México monumentos importantes. Tal es la pintura de la cúpula de Catedral, en que representó la Asunción de Nuestra Señora. No hay quizá en el arte género más difícil, y en que más pueda campea la habilidad de un maestro. Sin

embargo, Ximeno se desempeñó bien, y su obra es en materia de ornamentacion lo mejor que se registra en aquel templo.

Couto.

Que Ximeno era un artista de mérito no tiene duda. Y cabalmente el género en que me parece que descollaba, es ese que con razon gradúa vd. del más difícil, la gran pintura mural. A más de la obra de que ha hablado vd., ejecutó otra que ya no existe. D. Antonio González Velásquez, primer director de arquitectura en esta casa, y que construyó la parroquia de San Pablo, la elegante plaza en que estuvo la estatua de Carlos IV delante de palacio, el arco del foro del antiguo teatro, y alguna otra cosa, habia levantado la hermosa capilla del Señor de Santa Teresa, cuya cúpula, por su valentía, no ha tenido igual en la ciudad. La obra de pintura se encargó á D. Rafael Ximeno. En el dombo pintó la historia que corre de la renovacion de la imágen; en el ábside, el alboroto que hubo en el pueblo del Cardonal cuando se dispuso trasladarla á México. El resto del templo lo adornó con elegancia. Mas todo aquello acabó en el terremoto del 7 de Abril de 1845, á los 32 años de haberse estrenado. Despues encontré en los restos de su testamentaria, el boceto que habia hecho para la pintura del ábside, y me apresuré á adquirirlo para la Academia, como un recuerdo que por varios títulos debe serle grato. Es ese que está colgado en el rincon.

Pesado.

Los frescos de Ximeno me parecieron siempre preferibles á sus pinturas al óleo. Además de algunas inco-

rrecciones de dibujo que en ellas se observan, y que á la verdad son de extrañarse en una persona tan académica, hay la circunstancia de que su colorido es poco agradable, y de que no concluía ni afinaba sus cuadros, sino que daba sólo algunas pinceladas fuertes, buscando por ese medio el efecto.

Clavé.

Ese era el estilo que dominaba en España en la época en que él se formó; época que no es de la que más puede gloriarse nuestra escuela. Yo no alcancé los frescos que mi antecesor pintó en la capilla del Señor de Santa Teresa, porque llegué á México el año de 46; pero á juzgar por los de Catedral, creo que tiene razón el Sr. D. Joaquin: vale aquello más que sus obras de caballete. La mejor que de esta clase he visto, es una Purísima grande que hoy posee el Sr. Escandon, y fué pintada originalmente, segun me han dicho, para el Sr. Pérez, obispo de Puebla. Aunque la traza general de la composición tenga valentía y acuse ser de un autor hábil y experto, hay faltas de dibujo que hieren la vista y disminuyen el efecto. Pero dejando á Ximeno, quisiera oír del Sr. Couto cuál fué en su juicio la segunda causa que hubo para que la pintura decayera en México hácia la época del establecimiento de la Academia.

Couto.

Haberle faltado la ocupación que le daba la Iglesia. Recuerden vdes. que bajo sus alas nació en el siglo XVI, y que ella la alimentó y sostuvo en los dos siguientes.

Los particulares y el Gobierno mismo poco ó nada habian hecho por el arte ántes de la ereccion de la Academia; pero no lo necesitaba, porque los profesores encontraban empleo sobrado en los templos, en los conventos, en los colegios, en fin, en todas las casas, en todos los establecimientos de comunidad, que casi sin excepcion eran eclesiásticos. Y esto es lo que realmente hace florecer y prosperar la pintura, como las otras artes sus hermanas, segun enseña la experiencia: donde quiera que han encontrado un teatro como el que aquí tuvieron, allí se han desenvuelto con holgura, porque allí es donde la competencia hace esforzarse al ingenio, donde los maestros se lucen ante el público, y donde éste á su vez puede alentarlos con su voz y sus aplausos. La paga que da un particular por algun retrato de familia, que hunde-luego en su casa, y las pensiones y proteccion que un Gobierno concede á los alumnos en establecimientos de la clase de la Academia, son nada en comparacion de esotro, para avivar y levantar el ingenio. Pero desde ántes de concluirse el siglo pasado, y en el primer decenio del presente, las comunidades eclesiásticas dejaron de ocupar á los pintores, por causas que no es ahora ocasion de indagar. En seguida vino la insurreccion, y la serie de revueltas que á ella se siguieron. Nada notable nos queda de todo ese período, pero tampoco hay rastro de que en él se hubiese pedido nada al arte. Así es que fué cayendo en inercia, que pasó luego á ser letargo y remató en la muerte, que era la situacion en que se hallaba cuando empezó á restaurarse la Academia, por los años de 45 y 46.

Pesado.

La éra que desde entónces corre, no creo que pueda llamarse una continuacion de la vieja escuela mexicana. Los maestros que á ésta pertenecieron, fueron sucediéndose sin interrupcion unos á otros: los posteriores eran discípulos de los anteriores; de ellos recibian la doctrina que pasaban luego á sus aprendices, y así se conservaba una constante tradicion de enseñanza. Mas á la llegada del Sr. Clavé y demas profesores venidos de Europa, la cadena tradicional, rota ya despues de medio siglo, no pudo continuar, y el arte hubo de plantearse casi tan de nuevo, como en el siglo XVI.

Clavé.

A la verdad que eso nos sucedió. Yo no encontré en México ninguna escuela buena ni mala, y empecé á enseñar á mis discípulos segun lo que habia aprendido en Barcelona y Roma, y segun los principios que habia podido formarme por mis propias informaciones y el trato con hábiles artistas en mis viajes por Italia, España y Francia. Jamas olvidaré entre ellos al insigne y venerable Overbeck, uno de los creadores de la actual escuela alemana, y quizá el primero que comenzó la reaccion contra las profanidades del renacimiento. Respecto de pintores mexicanos, como no habia en la ciudad ninguna galería, ni cosa que se le pareciera, pasó tiempo para que fijáramos en ellos la atencion, hasta que se hizo aquí el primer ensayo de reunir obras suyas y clasificarlas. Por lo demas, espero que no se encontrará

que hayamos perdido el tiempo, comparando lo que es ahora la Academia con lo que era doce ó catorce años atrás: cierto es que la proteccion que se le ha dispensado, y los auxilios con que se le ha acudido merecen el nombre de regios. El soberano más dadivoso y más aficionado á las Nobles Artes, en igual tiempo no hubiera hecho en México más de lo que se ha hecho por este establecimiento, el cual entiendo que en las Américas no tiene hoy competidor; y en cuanto á la manera con que se trata y favorece á los alumnos, en Europa misma hay pocos que se le iguallen.

Couto.

Yo tambien espero que las obras de los artistas que en la Academia ó bajo sus auspicios se han formado aquí y en Italia, no sólo mantengan, sino que aumenten el lustre de nuestra escuela. Los nombres de Cordero, Pina, Rebull, Flores, Ramírez, Sagredo, Monroy, etc., no quedarán oscurecidos al lado de los de Echave, Juárez, Arteaga, Rodríguez, Ibarra y Cabrera. Además, en favor de los primeros se notará siempre la superior instruccion, el conocimiento más fundamental del arte, un gusto formado con la vista y el estudio de los más excelentes modelos que conoce la pintura. Ahora lo que importa es que no les falten ocasiones de mostrarse.

Pesado.

Es precisamente lo que temo que suceda. Has hablado de la falta que hace á la pintura la ocupacion religiosa; y en eso México ha seguido una ley general, pues

exactamente se ha observado lo mismo en todas partes. Vuelvan vdes. los ojos á los países donde han prevalecido de tres siglos para acá las sectas iconoclastas; y á pesar de que en algunos, como Inglaterra, se han reunido circunstancias sumamente favorables para el desarrollo de las Nobles Artes, en vano se buscará allí la pintura.

Couto.

Hay, sin embargo, un género en que acaso podrá todavía emplearse, y que hace poco mencionábamos, la pintura mural. Es probable que en lo venidero se manden hacer pocos cuadros al óleo; pero quizá se introduzca el uso de decorar con esotra los templos, los edificios públicos, los salones de los ricos. Algun dia conocerán estos últimos, que la ornamentacion que hoy dan á sus casas, y en que por cierto no se muestran parcos, revela un gusto poco culto y sin doctrina; gusto de mercaderes que derraman con profusion el dinero, no de personas entendidas que sepan sentir y juzgar. Un enorme espejo, una alfombra en que se hunde el pié como en césped de jardin, les llaman más la atencion y son pagados á mejor precio que un excelente cuadro, un cornisamento, una perspectiva, un paisaje hechos con sabiduría. Cuando una educacion más cuidada enderece y purifique sus gustos, se correrán de eso y conocerán que nunca los artefactos mecánicos pueden parangonarse con las obras del ingenio. Para abrir si es posible este camino, se ha ataviado por nuevo estilo la última galería hecha aquí en la Academia, y lo harémos (Dios mediante) sobre mayor escala en las paredes y techumbres,

del gran salon construido en la fachada. Los frescos que allí trabajen nuestros alumnos, no sólo les servirán de ensayo en un género tan poco usado hasta aquí entre nosotros, y que en manos de los grandes artistas del siglo XVI en Italia se elevó á la mayor altura, sino que acaso les proporcionen ocupacion para lo venidero, si logramos que el público forme su paladar y tome gusto á estas cosas. Tal es la mira que nos hemos propuesto.

Pesado.

Los espejos, que tanto te escuecen y tan mala competencia hacen á la pintura, siempre gustarán en el mundo. Acuérdate de lo que decia el conde Xavier Maistre, que un espejo es el cuadro que reúne más votos y en el que nadie encuentra que criticar, porque cada uno registra allí la imágen que mejor le parece, la suya propia. Pero ya que ha pasado delante de nosotros, como decias al principio, la historia que aquí se va formando de la pintura en México, holgárame de que el Sr. Clavé nos manifestase el sentir que ella le ha inspirado, vista en su conjunto y por mayor.

Clavé.

Si tomamos la escuela desde Baltasar de Echave, porque para juzgar de lo que le precedió faltan monumentos, paréceme que la direccion que le dió aquel hábil maestro, fué la misma que seguian los que en Italia se llaman *cincocentistas*, es decir, los de la escuela de Rafael y demas del Renacimiento. Sus principios se propagaron á España, como ántes vimos, y prevalecian allí en

el siglo XVI, que fué cuando Echave debió formarse, puesto que tenemos obras suyas desde los primeros años del siguiente. Echave es siempre fiel á esos principios; correcto, gracioso, de ejecucion detenida y acabada, de bastante esmalte en el color, lo cual da á sus tablas frescura y brillantez. Sobre sus huellas fueron Luis Juárez y otros, de modo que puede mirársele como la personificación ó el representante del primer período, no sólo por ser el más antiguo, y de consiguiente quien marcó la senda, sino porque reúne en grado superior las cualidades que caracterizan ese período. A la mitad de él y cuando empieza á desaparecer aquel primer maestro, viene Sebastian de Arteaga, que tentó otra vía, no resueltamente y desde sus primeros pasos, sino por grados, según se infiere del estudio y observacion de los pocos cuadros que nos quedan. Por punto de partida en esa vía puede tomarse el lienzo de los Desposorios que aquí tenemos, y por término el de Santo Tomás, del presbiterio de San Agustin. Su pintura es vigorosa, grasa, y aun si se quiere de más verdad que la de Echave, porque á pesar de sus incorrecciones quizá se pegaba más al natural. En cambio, carece de la gracia de su antecesor y de la sencillez y pureza que lo distinguen. En Arteaga hay más fuerza y mucho más rasgo en el manejo del pincel; en Echave, mejor doctrina y delicadeza de sentimiento. De los secuaces de Arteaga, el más señalado que conocemos es el segundo Baltasar de Echave. Al concluir el siglo, Juan Rodríguez Juárez abre un tercer camino y adopta nuevo estilo, franco, de masas sencillas y grandiosas, pero algo amanerado en el colorido, en el que por ganar esplendidez hizo resaltar hasta la exageracion el azul y el rojo. Este estilo domi-

nó por todo el siglo XVIII. Yo tengo la sospecha de que durante él, los profesores para componer sus obras se guiaban más por estampas y grabados, que por el estudio del natural; de ahí puede en parte provenir la facilidad y fecundidad que en ellos se nota, y que en Cabrera, el artista que más ha descollado en México, es verdaderamente un portento. Dentro de su taller se distinguía entre otros Alcívar, que cierra el catálogo de los antiguos pintores mexicanos. La prenda que generalmente caracteriza á la escuela toda, es la suavidad y blandura, que parece inspirada por el dulce ambiente que en este país se respira, y que copia bien la índole de sus habitantes.

Pesado.

Por lo que he podido notar, otra cualidad de distinto orden señala tambien á la escuela, y la honra en sumo grado; y es que fué tan mirada, tan pública, que será cosa rara encontrar obra suya que ofenda la vista. Recuerden vdes. lo que ha sido la pintura en algunos países, y en manos de ciertos profesores.

Couto.

Los de México parece que habian oido ya la elocuente declamacion de nuestro sabio compatriota el Dr. D. Antonio López Portillo, quien en el hermoso discurso que el año 1773 pronunció ante la Academia de San Cárlos de Valencia al hacerse la primera distribucion pública de premios, se explicaba así: “Quanto mas nobles y excelentes son en sí mismas la Pintura y la Es-

cultura por la viva y deliciosa impresion que hacen en los ánimos las imágenes que se presentan al alma por la vista, tanto más tristes y perniciosos efectos obra el desvergonzado é insolente abuso de ellas. Por eso no sólo los Padres de la Iglesia, sino aun muchos filósofos del Paganismo declamaron alta y gravemente contra las Pinturas y Estatuas inmodestas y provocativas; ¡abuso atroz, horrendo, detestable! Pinceles hay que destilan ponzoña; cinceles y buriles que parecen escoplos del infierno. No es cargo de las Artes, en sí nobles, castas y decentes: nada peor que la corrupcion de lo mejor. Y este infame abuso es más execrable entre nosotros, por estar la Pintura y la Escultura casi enteramente consagradas á la Religion. Un pincel que pintaba un Dios crucificado, una Reina purísima de las Vírgenes, se en vilecerá luego, y se prostituirá á imágenes. . . . ¿Qué será, pues, pintar, esculpir ó grabar con arrojo sacrílego las imágenes de los Santos y Santas que se exponen para culto, ¿qué será, digo, pintarlas licenciosamente? No, no se halla vocablo que explique por entero tan gran maldad.”

Pesado.

Lo que de verdad he extrañado yo en nuestra antigua escuela, es que se hubiera encerrado totalmente dentro del género religioso, y no hubiese tocado ninguno otro, cuando para ello no podian faltarle ni ocasiones ni inspiracion.

Couto.

Cosa es en efecto digna de reparo. Al paisaje, por ejemplo, que es tan bello y gentil ramo de pintura, se

estaban brindando excelentes fondos en una tierra como México, donde la naturaleza se ostenta tan variada, tan rica, tan galana, que parece que se pavonea para ser vista de los hombres. No se comprende cómo tal espectáculo no excitaba la imaginacion de los pintores para reproducirlo en sus telas. Dícese que Daza y Angulo lo ejercitaron en el siglo XVII; y un erudito de aquel tiempo escribió que sus países eran tales, que no encontrarían rival *hasta que la naturaleza se ponga á pintar*.⁶² Grande encomio, pero no sé si merecido. No se habría dicho más del Pusino, de Claudio de Lorena, de Markoo en nuestros días. Fuera del género religioso, el que se cultivó bastante aquí fué el de retratos, pues no sólo las familias, sino los cuerpos todos, las comunidades, los colegios hacían copiar á cuantas personas de su seno llegaban á distinguirse de algun modo.

Clavé.

Y á fe que algunos de esos retratos no carecen de mérito, como los que nos ha dejado Juan Rodríguez Juárez y Juan Patricio Ruiz Morlete. Pero ya que el Sr. Pesado ha extrañado una cosa, permítanme vdes. á mí que extrañe otra. Paréceme haber notado que las dos artes liberales hermanas de la mia, no caminaron en México á iguales pasos que la pintura. Ni escultores ni arquitectos conozco, que hayan ganado la reputacion que los pintores que hemos venido mencionando.

Pesado.

Ya otros habían hecho esa observacion, pero limitada á la escultura. Me acuerdo que algun escritor de fines

del siglo pasado, decia que en México Apéles y Vitruvio habian tenido siempre mejores discípulos que Fidias. ⁶³

Couto.

Y tenia razon, porque la historia de nuestra escuela de escultura habrá que tomarla desde Tolsa y Vilar para adelante. En lo de atrás nada hay notable, si no es acaso algun trabajo de talla, como la hermosa sillería del coro de San Agustin. Pero respecto de la arquitectura no sucede lo mismo. Comenzando por las casas de habitacion, en México se ha edificado en los tiempos pasados, si no con exquisita elegancia, sí con solidez, con holgura, y aun con cierta grandiosidad: las que poseia la familia del conde de San Mateo Valparaiso en las calles del Puente del Espíritu Santo y 1^a de San Francisco, hoy *Hotel de Iturbide*, construidas (al ménos aquella) por el Maestro Veedor D. Francisco Guerrero y Torres, despues de mediados del siglo pasado; la del Conde del Valle y la del Marqués de Guardiola en la plazuela del mismo convento; la de los herederos de Hernan Cortés, en el Empedradillo, que sirve actualmente de Montepío; la del Conde de la Cortina en Tacubaya, y otras muchas en la ciudad, son moradas dignas de magnates y señores principales. Respecto de edificios públicos, la Aduana, la casa de moneda, la antigua Inquisicion, hoy Colegio de Medicina, el de San Ildefonso, el de las Vizcainas, la Enseñanza de niñas, el convento de la Encarnacion, el Hospital de terceros, pertenecen al género de la grande edificacion, y muestran haber sido trazados y hechos por arquitectos de ciencia. El se-

minario de minería, impropio tal vez para su objeto, es en sí mismo un elegante palacio, monumento del ingenio de Tolsa y que adornaría la plaza de cualquier capital. Respecto de templos, la suntuosidad ha sido extrema; y averiguando los maestros que en ellos trabajaron, desde Alonso Pérez Castañeda, que á principios del siglo XVII entendía en la montea y construcción de Catedral, hasta D. Francisco Tres-Guerras, el arquitecto del Cármen y el puente de Celaya, se formaría un catálogo honroso y distinguido. Aun en otro género, en la ingeniería civil, se acometieron entre nosotros obras verdaderamente gigantescas. Poco despues de la conquista, un pobre religioso franciscano, Fr. Francisco Tembleque, para surtir de agua dos distritos que carecían de ella, proyectó y llevó felizmente á cabo el notable acueducto de Zempoala, que es un monumento digno de la munificencia de un Príncipe.⁶⁴ Al entrar el siglo siguiente, Enrico Martínez ejecutó el canal de desagüe de Huehuetoca, practicando en la montaña del Sincoque un socavon (tunnel dicen ahora, como si nuestra raza no hubiera tenido ni vocablo con que llamar esa clase de obras) cubierto en lo interior con bóveda de mampostería, que en nuestros días y en cualquier país se tendría por empresa de gran cuenta. Otras semejantes se continuaron sin interrupcion, hasta el presente siglo, en que los Consulados de México y Veracruz á competencia, hicieron las dos carreteras que bajan á aquel puerto. Más corta la del segundo, como que principia sólo en Perote, acredita sin embargo en la cuesta de San Miguel y en el Puente del Rey la pericia de D. Diego García Conde, que la dirigió. La del Consulado de México arranca en Toluca, atraviesa el mon-

te de las Cruces y el de Rio-frio, cruza toda la mesa central de la cordillera, y va á buscar por Orizaba y Córdoba el descenso al mar. Alguna de las partes que en ella ejecutó el sabio Brigadier de ingenieros D. Miguel Constanzo, como la sinuosa vía de las cumbres de Acultzingo, es sin hipérbole obra de romanos. Señores, á quien se proponga escribir la historia de esta arte en México, no le faltará materia, y ha de encontrar nombres dignos de memoria.

Pesado.

Acabas de pronunciar el de Tres-Guerras, y veo ahí un cuadrito de su mano, que me parece representar la infancia de la Vírgen.

Couto.

Presente que me hizo mi bondadoso amigo el Lic. D. Víctor Covarrúbias, y que creí deber colocar en esta galería más bien que en mi casa, en memoria de tan digno maestro. No puede tomarse sino como un juego de pincel, muestra de su aficion á la pintura, que fué su primer amor, y que nunca pudo poner en olvido, si bien luego tuvo que aplicarse totalmente á la arquitectura. ⁶⁵

Pesado.

Ahora que en la Academia se ha establecido la enseñanza de esa noble arte con la extension y plenitud que jamas habia tenido entre nosotros, plegue al cielo que aun más que la pintura, los dos grabados y la esta-

tuaria, produzca colmados frutos y corresponda á la civilizacion de la época. La arquitectura, si no es la más bella de las tres artes, es la primogénita entre las hermanas, la más necesaria para la vida, la que erige templos á Dios, da hogar á la familia y abre caminos entre las ciudades y las naciones. Las dos hermanas menores vienen luego á decorar y ataviar lo que ha hecho la mayor. Pero en todas materias ántes es lo útil que lo bello.

Couto.

Hagamos votos por el adelantamiento de todas.
Con esto terminó nuestra plática, y nos separamos.

NOTAS.

1 Desttut-Tracy, Grammaire générale, chap. 5º

2 Lettres á M. le Duc de Blacas, relatives au Musée royal égyptien de Turin, lettre 1er.

3 Storia antica del Messico, lib. 7, §§ 47, 48 y 49.

4 El mismo Clavijero, allí.

5 En el Diccionario universal de Historia y de Geografía, que con amplias adiciones reimprimió en México D. Rafael Rafael, 1853, tom. 2º, pág. 314.

6 Historia verdadera de la conquista de Nueva España, cap. 174.

7 Bernal Diaz, en el mismo capítulo.

8 No sé si el Conde querría señalar con estos nombres al conquistador de la Nueva Galicia, y fundador de Guadalajara; pero ese se llamó *Nuño de Guzman*. Yo, en efecto, no conozco en nuestra historia personaje que se llamara *Alvar Núñez de Guzman*.

9 Le Mexique—Paris, 1830.—Lettre XI, tom. 2, pág. 203.

10 La inscripcion que tiene abajo dice á la letra: *Puso este Santo crucifijo por su devocion en este tribunal del santo oficio de la Inquisicion Sebastian de Arteaga* notario de él. Año 1643 F.^o

Por no recargar el diálogo, no he hablado en él de algunas pinturas que erradamente pudieran tomarse por primitivas en la historia del arte en México. Son las siguientes:

1ª En el presbiterio de la Iglesia de Guadalupe hay un cuadro de al-

gun mérito, que representa una procesion en que es conducida la imágen á su templo. Veytia dice que probablemente fué pintado hácia 1531, y que aquella procesion es en la que se llevó la Vírgen á la primera ermita que se le construyó (Baluartes de México, págs. 23, 24 y 25). A los ojos de los profesores la obra presenta los rasgos característicos de la escuela mexicana á mediados del siglo siguiente. Además, en el cuadro hay dos inscripciones, una española y otra mexicana. Al pié de ésta se lee: *á devocion de Diego de la Concepcion y José Ferrer: año 1653*. Esta es la letra que se ponía en obras de esa clase para señalar á las personas que las habian mandado hacer. De las dos inscripciones, han hablado Cabrera, *Escudo de armas de México*, § 703, el mismo Veytia en el lugar citado, D. Juan B. Muñoz en el § 21 de su *Memoria sobre las apariciones*, y el Dr. Alcocer en el cap. XI, § 2 de su *Apología*. Hoy aparece en el cuadro una tercera inscripcion que dice que en mil setecientos noventa y tantos un cura de allí los hizo limpiar y aceitar. Las tres leyendas parecen ahora de un tiempo, y en la vieja española está corregido el anacronismo de dar tratamiento de excelencia al Sr. D. Sebastian Ramírez de Fuenleal: sólo se le llama ilustrísimo.

2ª De las colecciones de retratos que hay en los edificios públicos de la capital, las más completas y más importantes son sin duda dos: 1ª, la de los vireyes, de que existen dos juegos, uno en el Museo nacional, y es el mismo que estuvo en Palacio hasta la independendencia, y otro en las Casas consistoriales. 2ª, la de los Arzobispos en el salon de sínodos del Arzobispado. Ambas son de bastante interes para la historia civil; lo serian igualmente para la del arte en México, si todos los retratos hubieran sido hechos aquí, y tomados inmediatamente de los originales; pero tengo el sentimiento de creer que no reunen esa doble calidad. He examinado de cerca la del Museo, gracias á la bondad de su sabio conservador el Sr. D. Fernando Ramírez; y daré sobre ella algun pormenor. Consta de 62 cuadros, todos de tamaño uniforme, las figuras de medio cuerpo en pié, y sin otra cosa al fondo, en los dos primeros siglos, que el escudo de armas de cada virey. Empieza la coleccion por el conquistador D. Fernando Cortés, y acaba en el Teniente General D. Juan O-Donojú que celebró en 1821 el tratado de Córdoba. D. Luis de Velasco el 2º está duplicado por haber sido dos veces virey; pero el segundo retrato es simple copia del primero, con leves variaciones en cosas accesorias. En el de Cortés se recortó al rededor del rostro el lienzo en que primero estuvo, y sobre el pedazo que se agregó de nueva tela, se escribió el letrero y se pintó el escudo, que por cierto no es el que concedió

Cárlos V al Conquistador, y usaron los Marqueses del Valle. El retrato en sí mismo tiene semejanza con el que hay en el hospital de Jesus, y ambos parecen copias regulares de un original, cuyo paradero ignoramos. Los de los diez primeros vireyes hasta D. Luis de Velasco el 2º que acabó en 1611, son en lo general de mérito; algunos de ellos lo tienen muy señalado, como el de D. Martin Enríquez, el del Conde de la Coruña, y el del jóven Marqués de Montes-Claros. Pero ninguno presenta rasgos de la escuela mexicana, si no es acaso el del Sr. D. Pedro Moya de Contreras, en que asoman tintes semejantes á los que luego usó Luis Juárez. No es remoto que alguno de sus maestros lo hubiera hecho. Desde el 12º Virey, D. Fr. García Guerra, hasta el Duque de Veraguas que fué el 26º, la coleccion baja infinito como obra de arte; sólo hay regular el del Marqués de Cadereita: en muchos de los otros se ve el último punto de impericia y desaliño á que puede llegar la pintura; y de seguro no se empleó para hacerlos, á los buenos maestros que habia entónces en México, cómo los Echaves, Arteaga, José Juárez, etc. Un poco mejora en los del Duque de Veraguas y Conde de Paredes, más todavía en el del Sr. D. Fr. Payo de Rivera Enríquez, y por último en el del Conde de Moctezuma hay individualidad. Todos los que he mencionado hasta aquí son anónimos. El del 33º Virey, Duque de Alburquerque, está firmado por Nicolás Rodríguez Juárez: se nota en la ejecución cierta timidez que no hay en otras obras del mismo maestro. Su sucesor el Duque de Linares fué retratado de cuerpo entero por el otro Rodríguez Juárez (Juan) en el lienzo que existe en el Cármen, y de que hablaré adelante. La media figura de la coleccion me parece una réplica de ese, hecha por el mismo autor, con más valentía pero con ménos detencion en el rostro, aunque quizá con más esmero en las ropas; buen retrato y de bastante carácter. Superior es todavía el del Marqués de Casa-fuerte, que está firmado por aquel distinguido artista, y ciertamente es de lo mejor y más digno que hay en toda la serie. Viene en seguida la escuela de Ibarra, Cabrera, etc., y en verdad que no es el retrato el género de pintura que la honra, pues lo que produjo en esta línea dista infinito de sus cuadros religiosos. De Ibarra hay allí el del Sr. Vizarron, lánguido y relamido; el del Conde de Fuenclara, en que la riqueza de los paños no resarce la pobreza del rostro, y el del Duque de la Conquista peor que los otros. Cabrera retrató al primer Conde de Revilla Gigedo, y da pena leer escrito el nombre de tal artista al pié de semejante lienzo. Mejor se desempeñó Juan Patricio Morlete Ruiz en los del Marqués de las Amarillas y D. Francisco Cagigal (una misma

figura con distintas cabezas), y sobre todo en el del Marqués de Croix, que es positivamente bueno. Los que siguen hasta D. Juan O-Donojú (si se exceptúa acaso el de Marquina, son muy pobre cosa, y en muchos se ve descender el arte, aunque por distinto camino, al puesto en que se hallaba un siglo atrás. Los nombres de sus autores no merecen repetirse. Si entre nuestros pintores conocidos se ha de hacer juicio comparativo respecto del arte del retrato, el primer lugar toca de justicia á Juan Rodríguez; el segundo pudieran pretenderlo su hermano Nicolás y Juan Patricio. Al lado del primero estarian los que copiaron á los vireyes del siglo XVI, si sus retratos se hubieran hecho aquí; pero vuelvo á decir que no tienen sabor de obra mexicana, y pertenecen á un período en que el arte empezaba á introducirse entre nosotros, y no contaba aún profesores (al ménos que conozcamos) capaces de ejecutar aquello. Yo sospecho que en época posterior se formó el proyecto de hacer la coleccion, y entónces se suplieron los vireyes anteriores de la manera que fué posible, quizá pidiéndolos á España.

Ésta, que en cuanto á la coleccion de que he hablado es simple conjetura, tratándose de los Arzobispos es un hecho que está á la vista. Los retratos de los primeros Prelados, evidentemente son hechos despues que los posteriores.

11 «Aluntur intra monasteriorum ambitum per suas classes et contubernia, per scholas et doctivia, ex ditioribus trecenteni, quadrigenteni, quingenteni, et sic de singulis ordinatim secundum magnitudinem civitatum et oppidorum..... Jam vero ingenii docilitas supra modum, cum cantare jubeas, seu legere, scribere, *pingere fingere* cæteraque id genus liberalium artium et aliarum, ad rudimenta omnia perspicaces etc.» Dávila Padilla, Historia de la fundacion y discurso de la Provincia de Santiago de México de la orden de Predicadores, lib. 1º, cap. 42, trae íntegra la carta. La version española que pone en seguida, me parece que no siempre expresa con fidelidad y exactitud lo que dice el original latino, como sucede en el pasaje que acabo de copiar.

12 Vetancurt, Crónica de la Provincia del Santo Evangelio de México, Tratado 2º, cap. 3. núm. 63.

13 Monarquía indiana, Lib. 17, cap. 2, y lib. 20, cap. 19.

14 Vetancurt, Menologio franciscano, en el dia 29 de Junio.—Valades, Reth. P. 4, cap. 23. El mismo Vetancurt en la Crónica (Tratado 5º, cap. 4, núm. 81) habla de una copia de la Virgen de los Remedios hecha de piedra por el padre Gante para ponerse en el convento de México, del cual se trasladó al de Xochimilco, y luego á Tepepam.

Aunque el padre no trabajara materialmente en ella, dirigia el trabajo.

15 Nullius enim nescius erat.—Valades.

16 Sariñana, Noticia de la deseada y última dedicacion del templo metropolitano de México, en 22 de Diciembre de 1667, pág. 26 vuelta.

17 Véase sobre todo esto la excelente oracion pronunciada por el Sr. Jovellanos en la Academia de San Fernando de Madrid el año de 1781 (tom. 2.º de sus obras, pág. 120, edicion de D. Leon Amarita, Madrid, 1830), y á Cean Bermúdez en la introduccion del Diccionario histórico de los Profesores de Bellas Artes en España, y en los artículos de los artistas del siglo XVI; en el tomo 6.º hay catálogos cronológicos de todos.

18 Lib. 17, cap. 1.º de la Monarquía indiana.

19 Historia de los indios de Nueva España, tratado 3.º, cap. 13, edicion de García Icazbalceta.

20 Historia verdadera de la Conquista, cap. 209.

21 Cabrera copió este fragmento de Ibarra en la pág. 10 de su *Maravilla americana*, impresa en México en la imprenta del Colegio de San Ildefonso el año 1756.

22 Describiendo uno de los altares que se pusieron en los corredores de la Universidad en las funciones hechas á la Purísima en Enero de 1682, dice que habia en él «dos valientes imágenes, la una del Arcángel San Miguel, príncipe de la milicia celestial y protector de la Iglesia, á cuyos piés yacia por triunfo de su diestra, el dragon antiguo, y «la otra de la elegantísima Virgen Santa Catarina Mártir, á quien desde su ereccion reconoce la mexicana Aténas por su patrona, consagrándole á su memoria su magnífica y suntuosa capilla, y en ella el «altar de más perfecta distribucion que hay en el reino, cuyos tableros «fueron sin duda los Benjamines del Exceletísimo pintor Alonso Vázquez, y que ofreció á la doctísima Virgen mártir el Virey Marqués «de Montes-Claros con la siguiente inscripcion:

« De Joannes a Mendoza et Luna March:
 « Mont: Clar: huic Novo Orbi pro Duo:
 « Nro: Philippo III Hisp: et Indi: Regi
 « semper Augusto Præfect: in regalis
 « Acaðemiæ tutelam B. Catharinæ ortæ
 « Regalibus parentibus bonarum artium

«Tutelari, veræ sapientiæ illuminatrici
«celeberrimum hoc mnemosynon. D.»

(Triunfo parthénico, § V, pág. 30 vuelta.)

23 Relacion histórica de las exequias funerales del Rey D. Philippo II N. S., hechas por el Tribunal del Santo oficio de la Inquisicion de esta Nueva España, etc.—México—1600.

24 Véase en el tomo 4º de Clavijero la Disertacion 7ª que trata de esta materia.

25 En el artículo *México* del Diccionario citado en la nota 5ª, publicó el Sr. D. Joaquin García Icazbalceta una curiosa noticia sobre la historia de la tipografía entre nosotros (tomo 5º pag. 961). Prosiguiendo en sus indagaciones, ha hecho despues nuevos descubrimientos, y el último apunte que me ha dado, presenta los datos siguientes:

SIGLO XVI.

Ediciones de que tiene ejemplares en su librería.....	20
Idem que ha visto, pero de que no tiene ejemplar.....	45
Idem de que ha hallado noticia, pero que no ha visto.....	29
Total.....	<u>94</u>

De las cuales pertenecen

A Juan Cromberger.....	9
A Juan Pablos.....	16
A Antonio de Spinosa.....	11
A Pedro Ocharte.....	18
A Pedro Ballí.....	19
A Antonio Ricardos.....	6
A Melchor Ocharte.....	1
Ha visto sin nombre de impresor.....	3
Entre las que ha hallado citadas, falta el nombre del impresor en	<u>11</u>
Total	94

De estas ediciones hay algunas notables por la dificultad que ofrecia su ejecucion, como la del doble vocabulario español mexicano, y mexi-

cano español del padre Molina, impreso por Antonio de Spinosa en 1571, un tomo en folio. Pero la que sobre todas llama la atención, es la del Misal del mismo impresor, de que posee un ejemplar el Sr. Ramírez, y que he tenido el gusto de registrar. Es también un tomo en folio, como los misales que hoy se usan, ejecutado con regulares caracteres góticos, las rúbricas de tinta roja, notas musicales donde las tienen esta clase de libros, y alguna estampa de madera. Por una nota que hay al fin, consta que acabó de imprimirse en Setiembre de 1561. El Sr. Ramírez nos decía con donaire, que si ántes de haberlo adquirido le hubiesen hablado de él, habría escrito una Disertación para probar que en México no había podido hacerse en aquel tiempo semejante impresión; y el Sr. García, tan entendido en el arte tipográfico, ha escrito en sus apuntes: «Pa-
«rece increíble que obra de tal consideración se ejecutase en nuestras
«imprentas á poco más de mediado el siglo XVI, y yo dudaría del he-
«cho á no tener el libro á la vista. Hoy mismo, después de tres siglos,
«sería casi imposible ejecutar aquí cosa semejante, si no era haciendo
«venir ex-profeso los útiles necesarios.»

26 Valbuena, Grandeza mexicana (edición de 1603), pág. 31 y á la vuelta.

27 El mismo Valbuena al final del cap. 2º de la Grandeza mexicana.

28 Véase por ejemplo al Lic. D. Cayetano Cabrera.—Escudo de armas de México, núm. 291.

29 Monarquía indiana, Lib. 17, cap. 4.

30 Vetancurt en la Crónica, trat. 2º, cap. 3º, núm. 39.

31 D. Nicolás Antonio—*Biblioteca Nova*; el Sr. Eguiara—*Biblioteca mexicana*; y Beristain—*Biblioteca hispano americana septentrional*, en el artículo *Baltasar Echave*. Debo advertir que algunos escritores antiguos, como Valbuena y Vetancurt, le han llamado *Chávez*; pero él se firmaba en sus cuadros *Echave*. Conocida es la incuria y el desaliño de los antiguos en punto de ortografía española.

32 De este rarísimo libro no he encontrado un solo ejemplar en ninguna biblioteca pública ni particular. Creo que lo tuvo á la vista D. Nicolás Antonio, pues no pudo tomar de otro escritor anterior la noticia que de él da. El Sr. Eguiara se equivocó al decir que Enrico Martínez lo había mencionado en su *Repertorio de los tiempos*; D. José de Vargas y Ponce lo citó en la foja 2ª de la *Disertación acerca de la lengua castellana* que puso en seguida de la *Declamación contra los abusos introducidos en el castellano*, Madrid, 1793; y por ahí tuvo noticia de su existencia el Dr. D. Pedro Felipe Monlau, quien lo ha listado bajo el

número 11 en la Bibliografía con que cierra su *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, impreso en Madrid en 1856; pero confiesa ingenuamente que no pudo hallar un ejemplar de él en Madrid. Dudo que lo hubiese visto Vargas Ponce.

33 Grandeza mexicana, cap. 4º

34 «En uno de sus altares (de la Catedral), y es el que está erigido «al trascoro, se ve entre vidrieras su imágen y valiente pintura (la de «San Sebastian), asombro de los profesores del arte, y obra, segun su «tradicion, de la famosa Sumaya, célebre pintora en esta ciudad, maes- «tra no sólo en pintura, sino en enseñar al celebrado vizcaino Baltasar «de Echave el primero, á quien tuvo por marido y discípulo, y de cu- «yos padres no degeneraron sus hijos.»—D. Cayetano Cabrera—Escudo de armas de México, lib. 2, cap. 5º, núm. 291.

35 En la oracion citada en la nota 17.

36 Paraíso occidental, lib. 1, cap. 9.

37 Estos cuadros estaban ya en aquel sitio cuando el padre Vetancurt escribía su Crónica, pues los menciona en el tratado 2º, cap. 3º, número 41.

38 Los autos de fe más famosos de la Inquisicion de México, son á lo que entiendo, los cinco que celebró en los años de 1646, 1647, 1648, 1649 y 1659, cuyas relaciones andan impresas. Aquella era cabalmente la época de Arteaga.

39 Que Echave tuvo hijos pintores, lo dice Cabrera en el pasaje copiado en la nota 34, y lo ha repetido Beristain en su artículo. Valbuena parece indicar que entre ellos una era mujer. Por lo demas, la existencia en el siglo XVII de tres pintores de ese apellido, está comprobada no sólo por la presencia de sus obras, sino por el testimonio directo de D. Carlos de Sigüenza y Góngora, escritor del mismo siglo, en un pasaje que quiero copiar íntegro, por la conmemoracion que hace de nuestros artistas de aquella época. Hablando de los cuadros con que se adornó la Universidad en las funciones de Enero de 1682, dice: «Eran éstos «no sólo de extranjeros pinceles, por quien tendrán prolija vida los co- «loridos, sino tambien de nuestros mexicanos compatriotas, que mere- «cen el ladearseles como iguales..... Porque allí las perfecciones de «Alonso Vásquez le emulaban á la naturaleza sus operaciones todas: «los colores de *Concha* y *Arrue*,¹ con el decoro de sus bien comparti- «dos trazos, apostaban á hacer viviente la pintura con singulares ideas: «en la mano de *Luis Juárez* se hallaba sin imitacion la gracia, la her-

¹ Sospecho que es el mismo á quien Ibarra llamó luego *Juan de Raa*.

«mosura y la suavidad: lo esbelto de los cuerpos, con la disposicion de
 «escorzos y descuidados movimientos, se admiraban excedidos en el pro-
 «fundo estudio del franciscano *Becerra*: la propiedad en la simetría de
 «las partes, y en el natural aire de los ropajes, regalaban la vista en el
 «pulido artificio del consumado *Artiaga*: ni faltaba la proporcion de to-
 «do un cuerpo humano, ejecutada en breve lienzo, ni la inimitable tra-
 «bajada prolijidad en lo pequeño, ni la valentía última en la expresion
 «y robustez de lo grande, del dominicano *divino Herrera*: ni la vive-
 «za diestra en pintar las humanas carnes, añadir belleza á la hermo-
 «sura en la distribucion de los colores, y hacer verdad la ficcion á es-
 «fuerzos del dibujo, en las tres líneas ó caracteres con que mutuamente
 «diversos, aun más que por el tiempo, se dieron á conocer los tres
 «*Echaves*: como tampoco dejaron de ocupar su lugar y las atenciones
 «los ingenios de *Daza y Angulo*, cuyos payses no tienen oposicion, si-
 «no hasta que se ponga á pintar la naturaleza.» Triunfo parthénico,
 § 5, foll. 33 verso, y 34.

40 Teatro de virtudes políticas que constituyen á un príncipe, § 2.

41 Lic. Robles.—Diario de sucesos notables.—Juéves 22 de Marzo de 1674.

42 Lib. 3^o, cap. 12, § 619.—Florencia habia dicho que los siete eran
 « todos examinados, aprobados y ejercitados con créditos y aplausos mu-
 «chos años.»—La Estrella del Norte de México, cap. 13, § 4?

43 Cean Bermúdez, en el *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*, lista á un Pedro Ramírez, pintor, del que sólo da la noticia siguiente: «uno de los primeros que
 «asistieron y contribuyeron á sostener la Academia que él y otros pro-
 «fesores establecieron en Sevilla el año de 1660.» D. Rafael Lucio, in-
 teligente y muy aficionado á pinturas mexicanas, me ha llamado la aten-
 cion sobre una especie que se lee en Mr. Viardot, y voy á copiar á la
 letra: «A la misma época (la del Greco 1621 en Toledo) creo que pue-
 «de referirse un juego de seis cuadros anónimos, que representan la
 «historia de la Virgen. En la composicion se parecen á los juegos de
 «la misma clase, que más tarde hacia Francisco Antolinez en Sevilla;
 «pero están pintados en fajas de madera, con incrustaciones de nácar
 «que se unen á la primera; capricho que les da alguna semejanza con
 «los cuadros chinos, y más todavía con los mexicanos. Acaso sean obra
 «de un tal Ramírez, artista español, que fué á establecerse en México.»
Musées d'Espagne—en la descripcion de la galería nacional, pág. 162
 de la 2^a edicion. Yo no sé si este es el Ramírez de que habló Cean

Bermúdez, y si es el mismo que pintó en México el cuadro de la Academia, y otro que he visto firmado de su nombre, en poder del mismo Sr. Lucio.

44 Véase á Sigüenza en el pasaje copiado en la nota 39.

45 Crónica.—Tratado 2º, cap. 3º, núms. 42 y 51.

46 Véase en las *Gacetas de México* de Sahagun de Arévalo la correspondiente á ese mes, que es la primera que aquel periodista publicó.

47 Museo pictórico—3er. tomo, artículo de Bartolomé Estévan Murillo, que es el núm. 173. El mismo autor refiere, y consta del testamento de Murillo, que su hijo D. Gabriel, *sugeto de grande habilidad en la Pintura, y de mayores esperanzas*, pasó á Indias, y aquí murió bien mozo. Recuerdo que el difunto Sr. Arzobispo D. Manuel Posadas estaba en la idea de que ese pintor habia venido á Nueva España, y que varios de los cuadros que aquí corren por del padre, eran suyos. El hecho es posible, y entónces habria sido ese el mejor medio de que á nuestra escuela se comunicara algo del estilo y la manera del insigne artista sevillano. Pero yo declaro que no he encontrado rastro alguno de la existencia entre nosotros de tal persona, que no es verosímil pasase enteramente desconocida. Cean Bermúdez, en el artículo de su padre, corrigió la equivocacion en que habia caido Palomino, llamándole José y no Gabriel.

48 Conde y Oquendo.—Disertacion histórica sobre la aparicion de María Santísima de Guadálupe.—Cap. 3º, § 15, núm. 210.

49 En el Diccionario universal de Historia y de Geografía, reimpresso aquí por D. Rafael Rafael; artículo de *Ibarra*.

50 Maravilla americana, § 4, pág. 9.

51 Escudo de armas de México, lib. 2, cap. 8, núm. 333.

52 Véase en la Biblioteca de Beristain el artículo *Buzeta* [*fr. Pedro José*].

53 «Ninguno puede recibir discípulos de color quebrado; y el que contra este Estatuto lo ejecutare, se los expelerá la Junta cuando lo sepa. «Mas el profesor que hubiere de recibir discípulos, ha de ser pintor declarado por esta Academia. Siendo, como se ordena, él facultativo, «cuando se le lleve un niño, deberá saber que sea español y de buenas «costumbres. Y hará una inspeccion del genio del dicho; y será como «se ha acostumbrado que es de mostrarle un ojo dentro de un círculo, «con todo su repartimiento, y otro actuado de claro y oscuro, instru- «yéndole el modo de esta operacion, dándole tiempo suficiente para la «ejecucion. Y si conociere que el genio del niño es competente para

« que pueda aprovechar en esta facultad (que no todos lo pueden con-
 « seguir, porque para ésta y la poesía es fuerza nacer con estas gracias),
 « le ordenará vaya á casa del Secretario, y le diga cómo quiere aprender
 « esta facultad con aquel maestro: *y dicho Secretario reconocerá, llevan-*
 « *do este dicho niño su fe de bautismo, si es de la calidad dicha. Y si aca-*
 « *so ocurriere alguno con empeño para recepcion, que no tuviere estas con-*
 « *diciones, le dirá no se puede recibir, por estar prevenido por Estatuto:*
 « y si no es como se dice, sino de calidad, etc., lo matriculará en su li-
 « bro, y le dará un billete para que lo reciban; *y sólo de este modo se re-*
 « *cibirán los discípulos, y no de otra manera: con lo que no llorarán los*
 « *futuros lo que hasta aquí los presentes.*» Cap. 9.º.—Estatutos ó consti-
 tuciones que deberá observar y guardar la Academia de la muy noble
 é inmemorial arte de la Pintura.—Estos Estatutos están firmados por
 Miguel Cabrera, Presidente.—José Manuel Domínguez, primer Direc-
 tor.—Miguel Espinosa de los Monteros.—Juan Patricio Morlete Ruiz,
 segundo Director.—Pedro de Quintana, Director.—Francisco Antonio
 Vallejo, tercer Director.—José de Alzibar, Director.—Ante mí, Loren-
 zo Barba Figueroa, Secretario.

54 Diccionario universal de Historia y de Geografía reimpresso por
 Rafael, artículo *Cabrera*. Este artículo está suscrito con las iniciales de
 D. Manuel Orozco y Berra, persona muy instruida en nuestra historia.
 Yo siento que no se me haya ofrecido ocasion ántes de ahora de presen-
 tarle los motivos de duda que tengo respecto de algunas de las asercio-
 nes contenidas en aquella pequeña biografía, pues me habria sido gra-
 to discutirlos con persona tan capaz de dar voto en la materia.

55 Entraron de religiosas en el convento de capuchinas españolas de
 esta ciudad. La primera, D.^a Luisa, no pudo permanecer en el claustro
 por falta de salud. La segunda, D.^a Mariana, profesó, vivió allí largos
 años, y murió en nuestra época. La madre de ambas, y mujer de Ca-
 brera, era D.^a Ana María Solano. Estos pormenores están sacados de la
 carta de edificacion que, segun la costumbre de las Capuchinas, se im-
 imprimió á su muerte. Quien haya conocido la inviolable persistencia de
 aquella comunidad en guardar sus reglas y usos, se persuadirá de que
 no habria habido empeño ni valimiento que la hiciese admitir á una
 pretendiente á quien faltara alguna de las calidades requeridas. Mu-
 cho más cuando para ocurrir á casos de esta clase estaba fundado desde
 el primer tercio del siglo, por el Virey Marqués de Valero, el convento
 de Capuchinas indias de Corpus Christi.

56 Manifiesto satisfactorio.—Parte 1.^a, núm. 17.

57 Disertacion histórica sobre la aparicion de María Santísima de Guadalupe, cap. 4, § X, núm. 282 en la nota.

58 En la pieza núm. 2 al fin del Manifiesto satisfactorio.

59 Apéndice al § IX, cap. 4 de la Disertacion histórica del Dr. Conde.

60 Así resulta de las actas de sesiones de la Junta superior de gobierno de la Academia.

61 Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne—Livr. 2, chap. 7.

62 Véase el pasaje de D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, copiado en la nota 39.

63 Utinam et Phidiam ab initio coluissent indigenæ, ut coluere Vitruvium, atque Apellem! nam ut architectos, et pictores excellentes habuere non paucos, ita statuariis optimis vulgo caruere—Maneyro—De vitis aliquot mexicanorum—En la del padre Villavicencio, tomo 1º, pág. 10.—Lo mismo pasa en la antigua España, pues habiendo producido una de las más insignes escuelas de pintura de la Europa moderna, y arquitectos de primer orden, carece casi absolutamente de estatuaria.

64 El padre Torquemada hace la historia y la descripción de esta obra en los términos siguientes: «Era varon (el padre Tembleque) de muy « constante y determinado ánimo, lo cual se conoció en muchas y diversas ocasiones; una de las cuales fué, que morando en el convento de « Otumpa..... y viendo que toda aquella Provincia carecia de agua, « que por ser muy alta la tierra no tiéne fuentes ni arroyos, y que de « tiempo de su gentilidad usaban de unas balsas que por otro nombre « se llaman *jagüeyes*, en los cuales se recoge el agua llovediza:..... y « viendo que la de estas balsas ó jagüeyes, con que estos indios pasaban « su año, y se sustentaban, se la encenegaban los españoles con sus ganados y bestias, por ser camino pasajero para el puerto de Veracruz « y otras partes, é ir por él todas las cuadrillas de carros y carretas que « siguen este viaje, y por esta causa estar ya estos dichos jagüeyes tales, « que ya no bebían sus desventurados moradores sino cieno y lodo en lugar de agua, de que iba enfermando y muriendo mucha gente; condoliéndose el caritativo religioso de tan extrema necesidad de los pobres « indios, trató en su corazon de remediarla, determinándose de traer « agua al pueblo, acometiendo en esto una hazaña que grandes y poderosos reyes del mundo apénas se atreverían á salir con ella..... Fué, « pues, la traza traer agua corriente á Otumpa, de nueve ó diez leguas « adelante, hácia la misma parte del Norte, jurisdiccion del pueblo de

« Zempoala, que en tiempos atrás era una muy grande Provincia, sacándola de muy pequeños manantiales, y de parte (al parecer y juicio humano) mucho más baja que adonde había de venir, estando metida entre cerros y barrancas.» Lib. 20, cap. 63, Monarq. Ind.

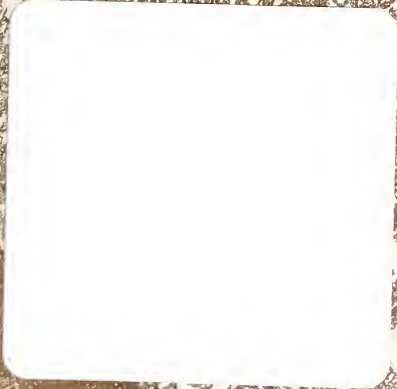
65 Véase la interesante carta en que cuenta á un amigo su vida, y que D. Manuel Payno insertó en su biografía publicada en el tomo 2º del *Museo Mexicano*, pág. 16. En aquella carta se cuenta no sólo la carrera del artista, sino sus satisfacciones, sus enojos con sus rivales, sus alabanzas propias, todo con una ingenuidad, una ufanía casi infantiles. Su vanidad no ofende, por lo mismo que se presenta sin el menor embozo de fingida modestia.











GETTY CENTER LIBRARY



3 3125 00078 7446

